

Sobre tierra quemada

María Isabel Pachón Varón



PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA BREVE ROSARIO CASTELLANOS 2021

Sobre tierra quemada



PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA BREVE ROSARIO CASTELLANOS 2021

Pachón Varón, María Isabel, 1994-

Sobre tierra quemada / María Isabel Pachón Varón. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México : CONECULTA. Dirección de Publicaciones, 2022.

165 p. ; 21 cm. — (Colección Najsakopajk. Serie Premios ; 7)

Premio Internacional de Novela Breve Rosario Castellanos 2021

ISBN: 978-607-8771-51-6

1. Novela colombiana. 2. Escritores colombianos. 3. Literatura colombiana — Siglo XXI. 4. Premios Literarios. I. T. II. Ser.

863C

Dirección de la Red de Bibliotecas

© María Isabel Pachón Varón

D. R. © 2022

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, *boulevard* Ángel Albino Corzo 2151, fracc. San Roque, C. P. 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

dpublicaciones.conecultachiapas@gmail.com

ISBN: 978-607-8771-51-6

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



CONSEJO
ESTATAL PARA
LAS CULTURAS Y LAS ARTES
GOBIERNO DE CHIAPAS

Esta edición forma parte del proyecto Colección Editorial Najsakopajk y es apoyado con recursos federales, a través del Programa de Apoyos a la Cultura en su vertiente Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura de la Secretaría de Cultura

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa

MARÍA ISABEL PACHÓN VARÓN

Sobre tierra quemada



TODO TIENE SU momento, y Miguel siempre hizo todo antes, como si supiera el tiempo exacto que le quedaba bajo el cielo. Emilia piensa en esto, en su afán de vivir, mientras el avión termina de ascender. En la fila de atrás, unas pasajeras están haciendo tremendo escándalo. Una de ellas va a casarse y todo les parece increíble: increíble que sea ella, y no otra, la que va a casarse primero; increíble que hayan podido reservar el salón del hotel con tan corto aviso; increíble el encaje del vestido; increíbles los azulejos del anillo e increíble el novio, claro. Emilia predice las oraciones de todas antes de que las digan. Hace unos años, a ella también todo eso le habría parecido increíble. Esos años ya parecen ser parte de otra vida, de otra Emilia.

El carrito del bar se estaciona en el pasillo. La voz dulce de la azafata le ofrece algo de tomar. Pide vino, blanco y barato, y agua. Le quita el jamón al sándwich con la mano y lo envuelve en una servilleta. Pide otra copa para ver si se le desconggestionan la garganta, en donde se le ha ido acumulando el llanto.

Agarra la revista del asiento delantero. Después de una nota breve sobre la oferta gastronómica en la “nueva capital del turismo”, aparece, en una página entera, la foto del presidente: en su oficina, sin corbata, con *jeans* desteñidos y el pie derecho encima de un balón de fútbol. Emilia nota que utilizaron una perspectiva forzada para la foto,

técnica que funciona para que los objetos pequeños parezcan más grandes. Cuando era niña acompañaba siempre a sus padres a votar. Caminaban juntos hasta el parqueadero del centro comercial en donde quedaba el puesto de votación. Su hermano no iba: le parecía aburridísimo el plan. Emilia se metía en el cubículo con su padre y él dejaba que ella dibujara con el marcador morado una figura en la cara del señor por el que él iba a votar. Es decir, el que no iba a llevar al país por el oscuro camino del castrochavismo. Su madre votaba siempre por el mismo candidato que su padre, o eso decía. Emilia a veces se preguntaba si su madre, en secreto, votaba por otro candidato, como un pequeño acto de rebeldía. Después de almorzar, volvían al apartamento para ver los resultados en una pantalla gigante. Ésa era la parte favorita de Emilia: la adrenalina y la victoria. Los candidatos por los que votan sus padres siempre han ganado las elecciones.

El hombre del asiento de al lado se pone de pie. Emilia lo deja pasar y aprovecha para asomarse por la ventanilla. A estas horas de la noche, no puede distinguir si la mancha negra que alcanza a ver es una sucesión de potreros o es el mar. Hace tiempos que no visita el mar.

El hombre vuelve del baño y recupera su puesto. Emilia arranca las páginas de la revista en las que sale el presidente. Cuando la azafata pasa recogiendo la basura, las bota junto con los restos de comida.

Se apaga la señal de los cinturones. Desactiva el “modo avión” del celular. Tiene una llamada perdida de un número

desconocido. Espera en el asiento a que todos los pasajeros salgan. Las del matrimonio no sacan ningún equipaje. Seguro enviaron sus grandes maletas —Louis Vuitton e idénticas— en la bodega.

Emilia abre uno de los compartimientos. Un auxiliar de vuelo le ofrece ayuda. Da un brinco corto y alcanza ella misma una mochila vieja, verde militar. Se la echa a los hombros. Apenas se baja del avión, un viento caliente y pesado le golpea las mejillas.

La lanzadera la deja en el terminal: una caseta gigante de aluminio. El suelo es de un cemento áspero. Las vitrinas de los almacenes están cubiertas con persianas blancas. El único almacén abierto vende cocadas a dos mil, dos por tres mil. Emilia no sabe si el aeropuerto está en ruinas o todavía en construcción.

Sube por unas escaleras eléctricas lentísimas. Del techo cuelga un letrero en el que se invita a los visitantes a inmiscuirse en el paraíso del realismo mágico y se anuncia el nuevo plan de turismo y renovación.

A la salida del aeropuerto, detrás de tres camiones del ejército, hay una fila de taxis estacionados. Emilia se monta en uno. De camino, intenta devolver la llamada al número desconocido, pero la manda a buzón.

La ciudad no es como la recuerda.

Marzo 18

Volví a la montaña, pero no a la montaña que me engendró. No a mi montaña, predecible y luminosa, que se dejaba sembrar y recorrer. Las montañas que ahora habito están cubiertas de selva. Tengo que cuidar los pasos: si no es un pantano es una serpiente venosa, si no es una serpiente venosa es una mina.

Desde la montaña en la que quedaba la casa en la que crecí, yo alcanzaba a ver otras montañas paralelas. De niño, esto —la existencia de otras montañas— me daba tranquilidad.

La selva es espesa.

La selva te come.

La selva tiene su propio tiempo.

Una vez me perdí por tres días, que parecieron una noche muy larga. Me topaba con troncos gigantes de árboles gigantes a los que no les alcanzaba a ver la punta. Siguiendo las huellas de un animal grande logré, por fin, volver al campamento.

Me imagino las preguntas que me harías:

¿La ciudad también te come? Sí.

¿La ciudad es otra selva? No.

La selva es una selva.

La ciudad es una ciudad.

¿Extraño la ciudad? Sí.

Lo que más extraño es recorrerla y hablarla contigo.

Tu voz nunca fue un eco, Emi.

Acá, todas las voces son ecos.

LA CALLE PAVIMENTADA se terminó. El taxista bajó los seguros del carro y siguió conduciendo despacio por un camino de arena y rocas. Miguel iba con la mirada fija en el GPS; Emilia, en la ventana, en esa ciudad ajena que aparecía detrás de su reflejo. Los cables de los postes de luz estaban enredados; la mayoría de las bombillas, fundidas.

—A la derecha —le indicó Miguel al taxista.

—No, hermano: yo por allá no subo.

Miguel le pasó dos billetes arrugados.

—¿Está seguro?

—Sí. Todo bien.

—Cuidado con la mona —le dijo el taxista mirando a Emilia por el espejo retrovisor.

Se bajaron del taxi y empezaron a subir por la calle angosta y empinada. La noche estaba fría. Estaba quieta. Emilia iba descalza, con los tacones en la mano. Las fachadas cambiaban de color: azul claro, lila, ocre, salmón. Dos años atrás, le contaba Miguel a Emilia, la alcaldía había llevado a cabo el proyecto de embellecimiento de los barrios periféricos, que consistía en pintar las casas de colores para que, desde la distancia, formaran distintas imágenes. En ese momento, subían por el ala de una mariposa. A Emilia le ardían los talones. A Miguel, para distraerla, se le ocurrió preguntarle sobre su país. Era algo a lo que jugaban con frecuencia: cada uno se inventaba un

país ideal, con su propia constitución y sistema de gobierno. El país de Emilia no tendría ejército y sería regido por un sistema similar a una aristocracia: para lanzarse a la presidencia las personas tendrían que aprobar una serie de exámenes. En el país de Miguel cualquier ciudadano podría ser presidente; la educación y la salud serían gratuitas; el consumo de azúcar estaría regulado; las otras drogas, permitidas.

Se dieron cuenta de que habían llegado por el olor a marihuana. Parecía que la casa pertenecía a otro barrio; tenía una forma ovalada y era tres veces más grande que todas las casas por las que habían pasado. La fachada no estaba pintada de colores pastel, sino de rojo. Estaba cubierta por una enredadera en mal estado. Emilia se apoyó en el hombro de Miguel y se puso los zapatos. Después, golpeó una puerta enorme con una aldaba de acero oxidado. Nadie les abrió. Empezaron a rodear la casa y, en uno de los costados, encontraron una ventana rota. Miguel sonrió.

—Ni se te ocurra —le dijo Emilia.

—Ya estamos acá, ¿no?

EMILIA ESPERA SU turno para registrarse en la recepción del hotel. De niña, corría descalza por esta misma alfombra, detrás de su hermano: listos los dos para meterse al mar y después a la piscina. Ningún placer se le iguala a ése de pasar del agua salada al agua dulce.

Por la puerta corrediza, entran tres botones cargando unas maletas gigantes Louis Vuitton. Emilia reconoce los gritos de las mujeres que entran tras ellos. Elogian la arquitectura colonial del hotel: de muy buen gusto, les parece; no como esos hoteles gigantes de nuevos ricos que han inaugurado en el último año. Emilia coincide con ellas en silencio.

El recepcionista le entrega la tarjeta de registro. Motivo del viaje: “Negocios”, “recreación” o “asistencia a un evento”. Como no hay ninguna que diga “otro”, marca la última opción.

—¿Viene a la boda, señorita?

—No.

Hay dos acepciones que se contradicen en la definición de “evento” del diccionario: “Suceso importante y programado” y “eventualidad, hecho imprevisto”. Tanto una boda como un funeral son sucesos importantes, pero el segundo sólo se programa después de una eventualidad. Si se cancela la boda, se cancela la unión matrimonial. Si se cancela el funeral, no se cancela la muerte. La muerte

cancela todo y nada la cancela a ella: se escapa de los límites de lo planificado.

Emilia recibe la llave y camina hacia la habitación. El aire acondicionado está prendido, la cama doble está recién hecha, y todo huele a nuevo, a hotel de cinco estrellas. Se quita la ropa y se pone una de las batas que están en el armario. La arrastra por el suelo hasta el minibar. Se sirve una ginebra y sale al balcón. Desde uno de esos balcones veían con su familia los fuegos artificiales cuando daban las doce. Su hermano es el único que sigue insistiéndole todos los diciembres que vaya con ellos. La última vez, Emilia había considerado aceptar la invitación, pues ya no tenía con quién celebrar las fiestas, pero luego se imaginó en la Nochevieja escarbando en un plato de ensalada de camarones; sentada en la punta de una mesa larga, en el lado opuesto de su padre, apretando los dientes para no caer en sus provocaciones. Se imaginó a su madre, después de haberse tomado dos copas de champaña, acercándosele al oído y haciéndole esas preguntas demasiado grandes, que nunca ha sabido cómo contestar: “¿Sí eres feliz? ¿Cómo está tu corazón?”.

Se sienta en la mecedora y cierra los ojos. Oye el golpe constante de las olas sobre la arena. Teme que en el momento en el que el llanto decida salir la coja desprevenida y sola, pero teme más que no salga nunca. Que se quede en su garganta haciendo remolinos hasta ahogarla, quitarle el habla o darle a su saliva un sabor a sal.

•*Por haberte ido.*

HABÍAN PASADO TRES meses desde su partida, y dos semanas desde que Emilia decidió entregar el apartamento y mudarse a la oficina. No lo había entregado antes porque todavía tenía la esperanza de que volviera, pero su ausencia se había vuelto como una niebla densa que ocultaba todo lo demás.

Emilia sacó la botella de ginebra de un cajón y se sirvió un trago. Se lo tomó despacio mientras veía, desde su escritorio, el sol esconderse tras los cerros. Cogió uno de los papeles que estaban en pila sobre la mesa. Lo leyó con desinterés: una invitación al cierre de una nueva muestra pictórica en el norte de la ciudad. La arrugó y botó a la basura. Cogió otro papel e hizo lo mismo.

Se terminó el trago y se acostó en el sofá. Cuando estaba a punto de quedarse dormida, sonó el citófono.

—Señorita Emilia, le llegó un paquete.

Bajó por el ascensor. Caminó, tambaleándose, hacia la portería. El portero le entregó el paquete: un sobre de manila tamaño oficio sellado con una cinta adhesiva negra. No tenía remitente ni estampilla. Un “EMI” gigante estaba escrito con marcador en uno de los costados.

—¿Quién lo trajo? —le preguntó Emilia al portero.

—Un muchacho, señorita. No dejó el nombre.

Había leído en alguna parte que así les llegaban cartas bomba a los políticos. Pensó en salir a la calle y botar el

sobre, pero la curiosidad le ganó al miedo. Lo palpó con las manos. Estaba liviano: no podía ser una bomba. Subió a la oficina-apartamento y abrió el sobre con unas tijeras. Dentro del sobre había otro sobre, también sellado con cinta adhesiva negra; dentro del otro sobre, una carta escrita con tinta morada en una hoja de cuaderno cuadrículada. Tenía manchas de tierra y estaba arrugadísima, como si se le hubiera derramado un río encima. En las eses redondeadas Emilia reconoció a Miguel.

Febrero 3

En los últimos dos meses se hizo evidente el cambio: en tu amistad, una distancia; en tu mirada, un espejo. Creías que me había fundido. Me empezaste a ver como cera sobre cera sobre cera; como veías a todos los miembros de la organización; como siempre has visto a todos a tu alrededor, Emi. A todos menos a mí (antes).

Pero ese espejo (aunque algo de mí revelaba y por eso le huía) no mostraba mi reflejo completo. Estaba empañado por tu apego y por tu miedo.

No, no me derretí en una masa uniforme de cera, sino que me di cuenta de que no quiero ser la luz que ves en mí. No quiero iluminar en la oscuridad las posibles sendas. Yo quiero ser el fuego, el fuego que quema, el fuego que destruye. Descubrí que para crear algo nuevo, algo realmente nuevo, primero hay que incendiar los cimientos. Y no basta con una llama para prender un incendio. Se necesita de oxígeno y de calor, de mucho calor.

En la selva encontré el oxígeno; en mis compañeros de lucha (sé que odias la palabra camaradas), el calor.

Ya nos cansamos de mostrar y abrir caminos. Y sabemos que mientras los de siempre sean los dueños de la tierra y del rastrillo, estos caminos van a ser cada vez más estrechos y van a llevar a los mismos dos destinos: la fosa o el silencio.

No queremos construir sobre lo construido porque todo lo que ellos han construido está pegado con huesos humanos.

Así tú no lo hubieras querido ver antes, las partículas de combustión siempre estuvieron en mí: latentes.

CUANDO VUELVE A entrar a la habitación, prende el televisor y deja un canal de televentas. Aunque está exhausta (van ya tres noches en vela), no quiere quedarse dormida. Le teme a ese sueño, o más bien a despertarse de ese sueño que ha tenido tantas veces: está sentada en la parte de atrás de un camión que va a toda velocidad. Lleva los pies descalzos, las manos atadas y los ojos vendados. ¡Qué raro es soñar con tener los ojos vendados! Las tripas saltan con los huecos de la carretera. Estacionan. Oye el sonido metálico de las cerraduras abriéndose. Oye voces y risas masculinas. La empujan hacia un potrero. El camión arranca sin ella. Algunas veces, se despierta ahí: pasa de estar acostada en el césped a estar acostada en su colchón. Otras veces, el sueño —y por tanto la noche— se prolonga. Otras manos desatan sus manos, pero no le quitan la venda de los ojos. La arrastran por el césped mojado que pronto se convierte en barro, que pronto se convierte en piedras que se le clavan en las plantas de los pies. La mano que la lleva está sudando. ¿O es su mano la que suda? Se detienen. Le desvendan los ojos. Primero ve los troncos de los árboles. Después, los troncos humanos, uniformados. No reconoce a Miguel —tiene el pelo rapado, como el resto de los soldados— hasta que él le sonríe y, en seguida, se comienza a derretir. Caen gotas de piel en sus botas de caucho. Cuando los ojos le llegan a la altura de las mejillas,

Emilia se despierta. Nunca ha logrado prolongar más el sueño. Se despierta antes de poder decirle nada, antes de poder recoger los pedazos y volverles a dar forma.

Un sueño es una pesadilla cuando en éste suceden cosas peores que en la vigilia, cuando lo que se siente al despertarse es alivio. Y por eso Emilia no quiere quedarse dormida; el reencuentro de la vigilia va a ser peor que el reencuentro del sueño, que ya no va a volver a ser nunca una pesadilla. Prefiere a Miguel sin forma ni contornos que a Miguel muerto. En la pantalla, una vendedora de dientes muy blancos promociona una aspiradora automática que se limpia por sí sola.

Se despierta en bata, con los rayos de sol acariciándole la frente, la cama sin destender y el televisor prendido. Tiene una llamada perdida del mismo número que la llamó anoche. La devuelve y le contesta una mujer que habla en un tono muy bajo. Le dice que Heinrich va a mandar una moto a recogerla al hotel el martes a las once de la mañana.

—¿Heinrich?

—Sí, el camarada Heinrich —contesta la mujer un poco irritada, pero sin subir el tono.

—¿Ah, Simón?

Emilia no sabe por qué se esperaba un alias menos obvio.

CRUZARON CON CUIDADO la ventana y aterrizaron en una cocina de baldosines amarillentos. La caneca estaba atiborrada de botellas de cerveza; el fregadero, de platos sucios. Un pasillo, de suelo pegajoso, los llevó a una sala gigantesca, convertida en ese momento en pista de baile. Las paredes, de madera oscura y brillante, y los vitrales daban la impresión de que estaban rumbeando en una iglesia. Salvo por un piano antiguo, no había muebles. Al lado del piano, un DJ, que parecía sacado de cualquier fiesta de quince, mezclaba en un Hewlett-Packard música electrónica y cumbia. Una nube de humo flotaba por encima de la cabeza de los asistentes. Joaquín estaba bailando en medio de dos muchachos. Apenas los vio, se acercó a saludarlos:

—¡Qué bueno que vinieron!

Miguel se lanzó a darle un abrazo.

Emilia hizo un gesto, que pretendía ser una sonrisa. No se aguantaba a Joaquín, pero estaba haciendo su mejor esfuerzo por Miguel.

—¿Dónde puedo comprar algo de tomar? —preguntó Emilia.

Joaquín le dio indicaciones.

—¿Quieres que te acompañe? —le ofreció Miguel.

—No —mintió ella—, está bien.

Planeó el camino antes de emprenderlo. Buscó los espacios vacíos en la pista. No quería interrumpir el acto:

pasos de baile impostados que intentaban imitar, sin éxito, cierta espontaneidad animal.

Llegó, por fin, a la mesa blanca Rimax que le había indicado Joaquín. La mujer detrás de la mesa se quedó viendo los tacones de Emilia y Emilia se quedó viendo el pelo de la mujer detrás de la mesa: mitad rapado, mitad azul.

—¿Qué tienes? —le preguntó Emilia.

—Lo que ves —le contestó ella.

Encima de la mesa Rimax había botellas de cerveza y cajas de aguardiente de una marca que Emilia nunca había visto antes.

—¿A cómo la cerveza? —preguntó.

La mujer señaló un recipiente de plástico que tenía pegado con cinta un letrero escrito a mano: “No nos regimos por los precios impuestos por el libre mercado. Se aceptan donaciones a la Causa”.

—¿Tienes cambio? —preguntó Emilia.

—No, princesa —contestó ella sarcásticamente.

—¿Y aceptas tarjeta?

La mujer subió las cejas. Emilia echó un billete de cincuenta en el recipiente y cogió dos cervezas. Tomó aire y se metió a la pista de nuevo. Ya no quedaban espacios vacíos.

Oyó un acento gringo:

—¿Esa pola es para mí?

La pola era para Miguel, pero Miguel no estaba en donde lo había dejado ni en ninguna otra parte, así que le dio la cerveza al gringo, que iba vestido con alpargatas y

ruana. Agarró la cerveza con una mano y con la otra la cintura de Emilia. Ella bailaba sin ganas. Él le gritaba al oído que había encontrado el paraíso, que qué barata era la rumba, que qué rica era la comida, que qué buenas estaban las mujeres, que qué exóticas y liberales. Ella soltaba, ocasionalmente, un “ajá”, e inclinaba su cabeza hacia los lados para evitar el aliento a tabaco y a crema de maní. La mano del gringo se fue escurriendo de la cintura al culo de Emilia. Ella, despacio, le movió la mano y le dijo que tenía que ir al baño. Los cuerpos y las paredes sudaban. Emilia no encontraba ni el baño ni la salida ni a Miguel ni a Joaquín; en cambio, el gringo se le aparecía en todos lados o se le aparecían otros gringos, que seguramente olían también a tabaco y a crema de maní, y agarraban culos ajenos como países ajenos, a la fuerza y sin consentimiento.

Se topó con la mesa Rimax y con la mujer de pelo azul. Sin decirle nada ni echar nada en el recipiente cogió otra cerveza. En el mundo de afuera de la casa ovalada, su donación le habría alcanzado para nueve o diez cervezas. Vio una cara conocida: un compañero con el que había visto clase dos semestres atrás. No le sorprendió verlo allá. A diferencia de ella, se movía con naturalidad en el ambiente: pertenecía. Lo siguió hasta unas escaleras y subió detrás de él.

El segundo piso parecía un invernadero: lleno de plantas, cerrado y estático. Emilia reconoció a otros compañeros de clase. Estaban sentados sobre unos cojines de colores que formaban una media luna. Todas las miradas

se dirigían al centro de la media luna: Simón, que en ese momento —como en casi todos— tenía la palabra. Una luz tenue iluminaba su tez morena. Emilia adivinó su personalidad al ver su apariencia (gafas circulares, crespos desordenados de querubín, camisa de flores y pantalones negros entubados).

En contra de lo que le rogaban los pies, Emilia no se sentó, sino que se quedó parada al lado de una de las puntas de la media luna. Simón estaba hablando sobre el conflicto en el Medio Oriente. Hacía pausas breves después de cada oración, como si acabara de inventar en ese mismo momento todas las palabras y categorías, y estuviera esperando la ovación del público, que recibía con las miradas de admiración. Se levantó la manga derecha de la camisa y mostró el mapa que tenía tatuado en el brazo para explicar la situación geopolítica. Luego empezó lo que parecía, por fin, el cierre de su discurso:

—Ahora bien, para entender la cuestión judía, y las razones por las que están haciendo lo mismo que les hicieron a ellos...

Emilia había volteado los ojos varias veces y resoplado hacia sus adentros, pero en ese momento el “pff” le salió hacia afuera y con fuerza; no pasó desapercibido. Se quedó esperando a que las miradas volvieran a Simón; sin embargo, no sucedió. Simón y sus discípulos exigían una explicación.

—Es una falsa equivalencia —dijo Emilia en un tono muy bajo, como esperando que no la oyeran.

Simón se acomodó las gafas. Frunció un poco el ceño, con una curiosidad fingida, como si estuviera intentando leer un libro con una letra demasiado pequeña.

—Ah, apoyas el movimiento sionista.

—No estoy diciendo eso. Además, no todos...

—¿Eres de la privada? —la interrumpió Simón en lo que parecía más una confirmación que una pregunta.

Todos, incluyendo los compañeros de clase de Emilia, soltaron una risa homogénea.

—¿Y tú dónde estudias? —le preguntó Emilia intentando sin éxito imitar el tono tranquilo de Simón, intentando ocultar su rabia.

—Yo no necesito de una institución ni de un diploma para validar mi conocimiento.

La mirada de Simón estaba fija en Emilia; la de Emilia, en Simón, y la del público alternaba entre los dos. Emilia sostuvo la mirada, pero no dijo nada más. Todas las respuestas que se le ocurrían podían ser acusadas de reaccionarias, el peor insulto que se podía recibir en la casa ovalada. El silencio incómodo fue interrumpido por unos pasos que subían las escaleras. Un muchacho, que no había visto el espectáculo, llegó a la media luna y se sentó en uno de los cojines. Le ofreció una cerveza a Simón. Él la rechazó y, sin que nadie le preguntara, empezó a contar una anécdota que explicaba por qué había decidido dejar de tomar alcohol: hacía dos fines de semana había consumido yagé, y el yagé le había hablado y le había dicho que parara. La atención y las miradas volvieron a fijarse sólo en Simón.

Noviembre 29

Anoche me peleé con Simón porque se le ocurrió interrumpir mi clase para repartir cuadernos con insignias y dar uno de sus discursitos de siempre. Y yo le dije que éste era un colegio y no su hijueputa batallón de reclutamiento. Y él me dijo que me acordara de que yo no había venido solo, que había venido con la organización. Me salió con que tenía que respetar la cadena de mandos. ¿Puedes creerlo? Dizque la cadena de mando, como si eso le importara a él en las noches que se mete a escondidas en mi hamaca desnudo.

Quisiera no escribirte esto, no darte la razón, pero acá no tengo a nadie con quien hablar e imaginar que me lees me hace sentir acompañado.

EMILIA VE, POR la ventana, el mar juntarse con el cielo. No está de vacaciones, pero tal vez el agua salada puede traspasar el pecho, posarse en la herida y acelerar el llanto. Además, ¿qué más va a hacer en los tres días que le sobran? Aunque no tiene ganas de moverse, sabe que no debería quedarse encerrada en la habitación. Se toma una ducha fría y una ginebra.

Se encuentra con las del matrimonio en la tienda del hotel. Cada una lleva puesto un pareo de flores de un color distinto. Emilia les sonríe. Ellas le sonríen de vuelta y siguen hablando: de los centros de mesa, del anillo y del novio.

Hace más de cuatro años que Emilia no se compra ni se pone un traje de baño. Se había olvidado de lo costosos que son, de su textura en la piel y de lo que se siente que una desconocida opine con absoluta confianza sobre lo que le favorece o no a su figura: demasiado plana para los enterizos que le gustan. Se examina en el espejo del probador. Entiende a lo que se refiere su madre cuando le dice que ha desatendido su cuerpo. Se dejó de rasurar las piernas, las estrías rasgu an sus muslos y su vientre, y las uñas de sus pies están rodeadas por piel muerta.

Se quita las sandalias y se acerca al mar. Camina por la orilla. Las huellas que deja marcadas en la arena la persiguen. No recuerda cuáles fueron las últimas palabras que le dijo a Miguel. Al final, se comunicaban por medio de

pósits que dejaban pegados en la nevera: “Se terminó la leche”, “nos van a cortar el agua”, “me imagino que ahora vamos a pagar la renta entre tres”. ¿Qué habría pasado si, en vez de dejar esas notas, Emilia hubiera golpeado la puerta de su habitación? Tal vez él le habría contado sus planes y ella habría podido convencerlo de que se quedara.

•*Por no haberme contado que te ibas.*

SIMÓN DICE: “ESCUCHEN el llamado de la lucha popular”.

Simón dice: “Levanten sus armas y sus corazones en contra del Estado opresor”.

Simón dice: “Nos vamos para el monte, camaradas”.

EL APARTAMENTO OLÍA a limpio. La puerta de su habitación estaba abierta; su cama, tendida; su ropa, frente al armario en dos bolsas de basura blancas, y su escritorio —que solía estar siempre atiborrado de recortes de periódico y hojas de cuaderno sueltas—, desocupado. Encima de la mesa de noche dejó sólo dos libros: *Fray Perico en la guerra*, de Juan Muñoz Martín, y un manual para armar un jardín interior.

•*Por haberme dejado sola con la casa.*

EN EL CONVENTO, mientras todos dormían, los franceses se llevaron a Calcetín. “¿Y no hiciste nada para impedirlo?”, le preguntaron los otros frailes a fray Perico.

Él quiso hablar, pero no pudo.

YA VA A llegar al final de la playa y nada que encuentra una parcela más vacía. Las chozas de los pescadores han sido remplazadas por hoteles o por conjuntos vacacionales gigantes. Todo debe ser parte del plan ése de turismo y renovación.

Con su familia, las caminatas por esta playa podían durar horas, pues Emilia, cuenta siempre su madre, se detenía cada rato a hacer castillos. Su padre se los había enseñado a hacer: arena seca en la base, ocho partes de arena y una de agua en las torres, y arena empapada en las murallas. Su hermano se encargaba de buscar trozos de coral para adornar las puntas. Los días siguientes tenían que buscar otras playas por las que caminar para que Emilia no se diera cuenta de que el mar se había llevado los castillos.

LAS ÚLTIMAS CENAS habían terminado con el golpe seco de su padre sobre la mesa. Él era casi siempre el que empezaba. Alternaba, como recomienda Plutarco, el reproche con la alabanza. Lograba a veces juntar los dos en un mismo comentario: “Sí, Emilia siempre fue la mejor de su clase: qué lástima”. Nada le molestaba más a él que las cosas no salieran de acuerdo con sus planes. Y el plan era que Emilia se fuera a hacer su maestría al exterior y que después volviera para ejercer su carrera en el sector privado. El plan era que, como a él, se le apagara el ímpetu izquierdoso con los años.

Emilia ya no se quedaba callada ante las provocaciones. La mirada de su madre rogándole que no hablara de política durante la comida había dejado de tener efecto. Sus reproches no contenían alabanzas. Casi todos recriminaban que su padre seguía apoyando a un gobierno que había arrasado a su mejor amigo a la selva (el mismo gobierno que le ponía precio a la vida de las personas: doscientos mil pesos y cinco días de permiso, pero esto su padre no lo sabía).

Él parecía haber llegado en son de paz a la graduación de Sebastián. La saludó como si se vieran con frecuencia y le preguntó incluso cómo iban las cosas en la revista. Sin embargo, apenas se sentaron a comer, levantó su copa de cristal y propuso un brindis: por Sebastián, porque él sí se iba a dedicar a hacer país.

EMILIA LLEVABA TODA la semana en las mismas. La habían mandado de la Dirección Nacional al Comando de Reclutamiento y del Comando de Reclutamiento al Círculo de Suboficiales. Le aseguraron que la persona a cargo de los archivos no estaba presente en el momento.

—No importa. Yo la espero —contestó Emilia.

Se sentó en una de las sillas de la recepción.

Cuatro horas después, cuando se dieron cuenta de que Emilia no pensaba irse, salió por fin un teniente a atenderla.

—¿Qué se le ofrece, niña?

—General, estoy buscando el archivo de marzo del año pasado de la Cuarta Brigada.

—¿Y como para qué sería?

—Para un trabajo de la universidad sobre los logros de la nueva política de seguridad del gobierno —mintió Emilia.

El teniente aflojó la expresión de la cara, pero no cedió.

—Le va a tocar ir al Comando de Reclutamiento.

—De allá vengo, general. Ayúdeme, porfa. Si no termino este trabajo esta semana me voy a rajar.

—No se va a poder, señorita. Lo siento —dijo el teniente y se dio la vuelta.

A Emilia le tocó cambiar de estrategia. Lo persiguió hasta la puerta de su oficina.

—Mire, teniente, según el artículo setenta y cuatro de la Constitución esos archivos son de conocimiento público.

El teniente volvió a apretar el rostro, pero no dijo nada.

—Si quiere, regreso con un derecho de petición.

—Espere un momento.

Salió de su oficina con las copias del informe de resultados y de los comprobantes de pago. Le dijo que el archivo de “órdenes operacionales” era información reservada porque podía comprometer la seguridad nacional. Emilia no insistió. Decidió aceptar su victoria parcial.

SE DA POR vencida en su búsqueda: todas las playas están igual de llenas. Se mete despacio al mar, como si fuera su primera vez. Intenta esquivar las algas y las piedras. Ve a un niño meterse de un salto en el centro de una ola. A su edad, a ella le gustaba hacer lo mismo: acercarse a lo que —en su imaginación— podía ser la muerte, que se le revolviera el mundo y salir viva. Volverlo a hacer. Una y otra vez. Poco le importaba que se le desajustara la parte superior del traje de baño o que se le perdieran sus gafas de agua. En unas vacaciones, le habían tenido que comprar hasta cuatro pares.

Flotando, de espaldas, Emilia mira al cielo. El agua conserva el calor del día. Las olas la alejan de la orilla y de la gente. Ella no opone resistencia. Se pregunta si Miguel se habrá resistido. Seguro que sí. No sabía los detalles. Simón no había tenido que decirle nada; con su silencio prolongado ella supo de qué se trataba.

“¿Quiubo, mona?”.

“¿Simón?”.

“... ”.

“Mira: si me llamas por lo de las grabaciones, te voy a pedir que no me mandes más. Me puedes joder. Me puedes joder; de verdad, Simón”.

“... ”.

“¿Cuándo?”.

“La semana pasada”.

Es posible que Simón sí le haya contado, así sea por encima, cómo pasó. Pero ella había entrado en una especie de trance. Sólo se le había quedado grabado lo que tenía que hacer: avisarles a los padres (“porfa, Emi. Tú eres la única que los conoces”).

En un cumpleaños de Miguel habían ido a un restaurante cerca de la universidad. El padre sólo había hablado dos veces durante el almuerzo: para ordenar la comida y para pedir la cuenta. La madre, en cambio, era tan habladora como Miguel: que qué dicha conocer a Emilia; que José Miguel no había hecho más que hablar de ella; que antes estaba muy solo, el pobre, en esa ciudad tan grande; que si estaban seguros de ser sólo amigos; que qué lástima, porque harían una pareja lindísima. Si por ella hubiera sido, habrían ido esa misma tarde, después del almuerzo, a la capilla del centro para que sellaran su amor frente a un altar.

Ojalá que Emilia esté equivocada. Ojalá no se haya resistido. Ojalá su muerte haya sido rápida. La resistencia es digna, heroica incluso, pero dolorosa. Las grandes edificaciones se ven pequeñas desde donde está. Se deja llevar por las olas hasta la orilla.

DESDE LAS VENTANAS empañadas del salón C-306 se alcanzaban a ver los cerros Orientales. Emilia no conocía casi a nadie. No solía asistir a las reuniones editoriales, pero quería escribir un artículo sobre la decisión de la universidad de no cancelar clases por las manifestaciones y, para eso, necesitaba de la aprobación del comité. Aunque ella había iniciado el tema, hace rato había perdido el hilo de la discusión. Ya no estaban discutiendo su propuesta, sino que discutían sobre los verdaderos valores de la universidad. La prestigiosa universidad se enorgullecía de haber sido la primera universidad laica del país. Era la cúspide de la democracia. No se suscribía a ninguna religión ni a ninguna ideología política, que para los fundadores eran la misma cosa. Los únicos dogmas que seguía eran aquellos que dictaba la ciencia.

Todos alzaban la mano antes de hablar y empezaban sus intervenciones con expresiones como “en mi opinión” o “con el debido respeto”. Miguel, que sí asistía con frecuencia, rompió con la etiqueta.

—¿Y a nosotros qué nos importa cuáles eran los valores de unos viejos que ya hace más de cincuenta años están dos metros bajo tierra?

—Mira, Miguel —empezó a decir con voz chillona la directora editorial—: con el debido respeto, yo te invito a que te quites un momento la camiseta del activismo y entiendas que...

—Pues no. No me la quito —la interrumpió él sin dejar de sonreír.

Hubo una expresión unánime de asombro; nunca nadie en esas cuatro paredes, en las que tres horas antes se había dictado la clase de “Movimientos sociales, revolución y representación política”, se había atrevido a tanto.

—Me perdonas —contestó ella, por fin, intentando contenerse y contenerlo a él—: ésa no es la manera.

Miguel recogió sus cosas y se salió del salón. Emilia salió detrás de él.

El semestre siguiente comenzaron juntos una opción en periodismo y formaron su propio periódico estudiantil, muy diferente al que ya existía: dedicaba páginas enteras a la poesía —de las que se encargaba Miguel—, tomaba posiciones políticas, criticaba abiertamente las decisiones del rector y tenía una sección exclusiva para que los estudiantes publicaran sus inconformidades con la institución. La universidad no pudo hacer nada para cerrarlo, pues la libertad de expresión era uno de los principios de los que se ufanaba.

REGRESA AL HOTEL y se acerca a la piscina, pero se le quitan las ganas de meterse. Tal vez es mejor dejar ese placer en la forma del recuerdo. En el quiosco de enfrente se anuncia la *happy hour*. Las del matrimonio están en el fondo, vestidas igual: orejas de conejo, tutús rosados, boas de plumas y camisetas que dicen “equipo novia”. Emilia se acerca a la barra y se pide dos piñas coladas al precio de una, aunque sabe que, en realidad, está pagando una al precio de cinco. Un oficial gringo se le sienta al lado y le pregunta si la otra piña colada es para él. La originalidad no es el fuerte de los gringos, piensa Emilia, y se aleja de la barra. El oficial la persigue. Parece que las del matrimonio se dan cuenta de lo que está pasando, pues le empiezan a hacer gestos con las manos. Emilia mira a su alrededor para estar segura de que se dirigen a ella.

—¡Te estábamos esperando! —le grita una.

EMILIA PENSABA QUE sus años de rumba habían quedado en el pasado. Había dejado de soportar el calor de los lugares de siempre y la frivolidad de sus amigos de siempre. Pero Miguel le trajo también el baile de vuelta. Estaba tan deslumbrado por la ciudad nocturna como por la ciudad diurna. Salían del salón de clase a la pista y de la pista al salón de clase. Descubrían cada noche un lugar nuevo, cada noche un ritmo nuevo: electrónica, salsa, cumbia, vallenato, merengue, champeta, bachata, reguetón. Eso era lo que más pedían sus cuerpos vivos, tan vivos: reguetón lento, a poca luz, hasta amanecer, hasta olvidar sus apellidos y dejar de sentir las pantorrillas. Reguetón hasta abajo, hasta el mismísimo infierno.

- *Por haber cambiado el ritmo de la pista por la marcha.*

SIMÓN DICE: “DERECHA”.

Simón dice: “Izquierda”.

Simón dice: “Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, izquierda, izquierda”.

HACE TIEMPOS QUE Emilia había mirado al frente, y había comenzado a girar a la izquierda; pero era la primera vez que encontraba un espacio en el que pudiera convertir su indignación en resistencia. Joaquín no les había dicho que iba a ser en el mismo lugar; sin embargo, ella reconoció el camino. Esa vez sí entraron por la puerta grande y no por la cocina. La casa ovalada era otra a la luz de día: por fuera, roja, rojísima; por dentro, mucho más desatendida. Lo que en la noche era el escenario perfecto para una fiesta *underground* en el día eran sólo ruinas. El piano estaba cubierto de polvo. Se notaba que todos los vitrales que decoraban las paredes eran falsos. Emilia se preguntaba qué había antes ahí. Era gigante, aunque sólo tenía tres espacios. En el primer piso: la cocina y el salón. En el segundo piso: el invernadero. Si alguna vez había sido una casa de familia, lograron borrar todos los rastros.

Se sentaron en los cojines de colores. Algunas de las caras eran las mismas que las de esa noche: los excompañeros de clase de Emilia, Simón y Jennifer, la *bartender* de pelo azul, en el micrófono. Su discurso fue corto y contundente. Habló sobre todo de temas prácticos: cómo se iban a organizar, cuál era la fecha más conveniente para convocar una manifestación, cuáles iban a ser las exigencias que la organización le iba a presentar al gobierno. Escuchó, con atención, las propuestas y las preguntas de todos.

Simón, en cambio, se apropió del micrófono por más de una hora. Su discurso consistió en un montón de consignas y frases descontextualizadas: “El pueblo ignorante es el instrumento ciego de su propia destrucción”, “la lucha popular va a reescribir la Historia”, “ser joven y no ser revolucionario es una contradicción”. Apenas se refirió al motivo por el que habían convocado la asamblea. Emilia se acercó a Miguel para decirle en secreto que ése era el *man* con el que se había peleado en la fiesta, pero ya era muy tarde. Miguel ya estaba enredado en las palabras y en los crespos de Simón.

POR AMOR A la novedad o por hastío, dice Plutarco, siempre lo más reciente y florido nos seduce. Hace que dejemos atrás lo conquistado. En el momento en el que Simón entró en la escena, Joaquín se empezó a borrar de la vida de Miguel, y Miguel, pensaba Emilia, se fue desdibujando, fue perdiendo sus contornos. En la primera reunión cruzaron miradas; en la segunda, siguieron hablando en ese mismo lenguaje que Emilia no comprendía. Cuando se hizo de noche, subieron juntos al invernadero dejándola a ella sola en un salón lleno de desconocidos.

Abril 4

No voy a mentirte (para qué, si tú ya lo sabes). Me vine también por amor. Sé que el amor no es una causa tan virtuosa como la justicia social. Y por eso no pude aceptártelo a ti ni pude aceptármelo a mí mismo. Me daba vergüenza. Me sentía ingenuo y lo fui. No por lo que crees: no porque Simón sea incapaz de amar a alguien más que a sí mismo, sino porque entre todo este humo es difícil verlo.

Lo primero es sobrevivir.

LOS FRAILES SE refugian en un castillo con el tío Carapatata. Cuando lo ven llorando le preguntan qué le pasó.

“Que he perdido a mi hijo. ¡Maldita guerra!”, contesta él.

Los otros hombres del castillo les cuentan que a Pascasio, el hijo de Carapatata, lo mataron mientras intentaba salvar la bandera para impresionar a Casiana.

“Es hermoso morir por amor”, dijo fray Olegario.

“Mejor que por odio”, coincidieron los tres ladrones.

EL PISCINERO LE da unos golpes suaves en las manos.

—¡Señorita, señorita!

Emilia abre los ojos. El mundo le da vueltas. Sale corriendo hacia la playa. Vomita detrás de una palmera y tapa el vómito con la arena. Tiene puesto el mismo vestido de baño que tenía puesto el día anterior, unas orejas de conejo en la cabeza y una boa de plumas que huele a piña, a coco, a ron y a cigarrillo alrededor del cuello. No se acuerda de nada, pero en este momento no puede pensar: siente los párpados helados, la cabeza caliente y pesada.

Buscando las sombras, camina hacia la habitación. Hace otras dos paradas para vomitar. Apenas llega, saca un Gatorade del minibar. Sus hombros están rojísimos. Los rombos del espaldar de la asoleadora se le marcaron en la espalda. Entra en la ducha. Deja que las gotas frías caigan sobre su piel ardida. Cuando se le va el dolor de cabeza, llegan los *flashbacks* y, con los *flashbacks*, la paranoia. Se acuerda de haber invitado a casi todas las rondas (lo que significa que tiene que llamar a su hermano para pedirle plata). De haberle preguntado a la novia muchas veces si estaba segura de lo que estaba haciendo. De haber botado a una de las damas de honor a la piscina y de que otra dama de honor la botó a ella. De haber cantado *Forever Young* en el karaoke y de no haber parado de hablar. De lo que no se acuerda es de lo que habló. Puta, es por eso

por lo que no puede andar, así como así, con gente de la otra orilla, mucho menos con tragos encima: el alcohol le despierta esa lengua que cuando está sobria logra mantener dormida. ¿Qué tanto se le habrá salido? ¿A quién se lo estarán diciendo en este momento? ¿Será que les contó lo de Miguel? ¿Será que les dijo algo de la investigación que dejó a medias? Eso sería peor: en este país es peligroso ser de izquierda, pero es más peligroso aún saber cosas.

HABÍAN PASADO CUATRO meses desde que llegó la última carta. Mientras ponía el agua a hervir para hacerse un café, llamó a la portería.

—No, señorita Emilia. Hoy tampoco ha llegado.

Se tomó el café, oscuro y sin azúcar, como un castigo, y se echó en el sofá. Cerró los ojos para intentar espantar las teorías de lo que le pudo haber pasado a Miguel. No lo logró. Abrió el computador y buscó noticias sobre los enfrentamientos de los últimos meses. Era difícil buscar información, pues en las cartas había encontrado muy pocas pistas del lugar: un río, un acueducto en construcción, serpientes venenosas, monos araña y plátanos. Podría ser una selva casi en cualquier municipio del país. Se le fue la mañana, como en los últimos meses, leyendo sobre las operaciones militares exitosas, pero ese día el citófono sí sonó.

—¡Llegó! —le dijo el portero emocionado. Quién sabe qué historia de amor se estaba imaginando.

Emilia se puso un saco largo que la tapaba hasta las rodillas y bajó corriendo por las escaleras. Era el mismo sobre de manila tamaño oficio, pero no estaba marcado y pesaba un poco más que los anteriores.

Dentro del segundo sobre no había una hoja de cuaderno cuadriculada, sino un CD blanco. Se puso los audífonos y lo metió al computador:

“Cuénteme, teniente, ¿cuántos van?”.

“Mi general, el día de ayer se hicieron dos capturas”.

“No, no, no, hermano. Resultados operacionales”.

“Esta semana no ha habido bajas, mi general”.

“Tienen que hacer lo que sea para doblar resultados”.

“...”.

“Lo que sea. Son órdenes de los altos mandos”.

“Sí, mi general”.

“Habrá sanciones, teniente; habrá recompensas”.

“Sí, mi general”.

“Somos un ejército de guerra y la guerra se mide por litros de sangre”.

“No pierda la fe, mi general”.

SI FUERA UN delirio estaría basado en una creencia irracional. Y no, no es irracional. Ella ha visto las cifras, ha escuchado historias, sabe lo que son capaces de hacer para silenciarla. Conoce colegas que se han tenido que ir del país para protegerse a ellos y a sus familias.

Llama a su hermano:

—¿Sebas, estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—¿Y mis papás? ¿Has hablado con ellos?

—¿Qué pasó? ¿Todo bien?

—Sí, tranqui. ¿Has hablado con ellos hoy?

—Desayunamos allá esta mañana.

—Okey.

—Emi...

—¿Sí?

—¿No les has contado?

—No.

—¿Y ya lo viste?

—No, todavía no. El martes.

—¿Y tú estás bien? ¿Necesitas algo?

—Mira, Sebas, sí... Es que el taxi del aeropuerto al hotel me cobró un montón y las comidas no están incluidas, y todavía me falta...

—Esta tarde te consigno, Emi. Por favor, cuídate mucho.

EN LA CENA de graduación, Emilia no devolvió la indirecta de su padre. Se paró de la manera más discreta posible de la mesa y salió a la terraza del restaurante. No quería robarle la atención al logro de su hermano. No funcionó; él fue el primero en salir a buscarla. Sebastián no entendía por qué Emilia le daba tanta trascendencia a todo. “Es sólo política, Emi —le decía siempre—. ¿A ti en qué te afecta?”. ¿Cómo podían ser tan diferentes?

Cuenta Plutarco que Licurgo cogió dos perros de los mismos padres y educó a uno para que se convirtiera en un perro goloso y al otro para que se convirtiera en un perro cazador. Emilia siempre había creído que su hermano era el perro goloso, con su hambre constante de aprobación; ella, el perro cazador. Pero, tal vez, aunque tuvieran hambre de cosas distintas, los dos eran perros golosos y ninguno sabía cómo cazar.

Emilia le prometió que volvía a entrar en un rato. Como no cumplió su promesa, salió su madre a buscarla. Su aliento olía a champaña. No intentó buscarle excusas a su padre, sino que fue directo a la pregunta:

—¿Emi, tú eres feliz?

MIGUEL DECÍA QUE lo único que uno necesitaba para ser feliz era tener un proyecto. Podía ser cualquiera: desde liderar un país hasta plantar un jardín.

Emilia creía que tenían uno conjunto: la revista. Cuando se ganaron la beca de la Fundación de Libertad de Prensa para crearla, ella renunció a sus planes de hacer una maestría en el exterior. Ella también habría podido irse, pero se quedó.

•*Por haberme dejado sola con el proyecto.*

EMILIA SACÓ LA grabadora de voz del estuche, la puso en el centro del escritorio, oprimió el botón rojo y le pidió a Hernán que empezara de nuevo.

—El sábado, después de salir de la plantación, bajamos a la plaza a echar unos tiros. Yo las estaba metiendo todas de taquitos y...

—¿Recuerdas la fecha exacta?

—El año pasado, doctora. Estábamos en temporada de siembra, entonces debía ser marzo o abril. —Hizo cálculos con los dedos—. Sí, marzo.

Emilia le indicó que siguiera. Decidió que lo más efectivo era intentar interrumpirlo lo menos posible.

—El Yuyo —continuó Hernán mirando directamente a la grabadora— se nos acercó y nos dijo que un reclutador, un conocido suyo, estaba buscando nuevos talentos pa jugar profesionalmente. No nos dijo pa qué equipo ni na. Yo creía que podía ser el Unión; Coco, que podía ser el Junior. Los dos le íbamos al Junior. “No joda, Coco. No nos vas a llevar a un equipo de la primera división. Esas cosas no pasan”, le decía yo. Pero él seguía soñando. Las pruebas iban a ser en la cancha de Micoahumado, entre las veredas Guásima y Progreso Alto. El Yuyo me dijo que allá iban a llegar todos los candidatos del municipio, que no nos teníamos que preocupar por na. Una buseta iba estar esperándonos el lunes siguiente a las tres en la destapada.

EL SEGUNDO CD llegó un mes después que el primero:

“¿Cómo vamos, teniente?”.

“Todo listo, mi general. Los regalos llegan el lunes a la marcación”.

“¿Y los materiales?”.

“Ya en camino también”.

“Bueno, bueno, hermano, yo veré: que no se le vayan a volar”.

La Emilia de años atrás, la de los primeros semestres de la carrera de Derecho, habría roto y botado a la basura los dos discos sin pensarlo dos veces. Por más noble o importante que fuera el fin, no habría empezado una investigación si las únicas pruebas en sus manos fueran interceptaciones ilegales. Pero Emilia no era la misma. No podía ser la misma después de haber visto tanto: pensaba las cosas una, dos, tres, cuatro veces. Sabía que los de la otra orilla estaban dispuestos a saltarse lo que hubiera que saltarse; a “hacer lo que sea” para conseguir resultados, como había insistido el general en el primer CD.

Le molestaba, eso sí, que siguieran utilizando la revista para los fines de la organización. Sin embargo, ella no la estaba utilizando para otro fin. No para uno que le importara, por lo menos. Desde que Miguel se fue, se había dedicado a cubrir exclusivamente eventos culturales. Ella no se había quedado en el país, no había abandonado su

otro plan de vida para eso. Al enviarle los discos le habían vuelto a dar un propósito a la revista y a ella. Un proyecto, diría Miguel.

NO HA COMIDO nada desde ayer. A las tres de la tarde, logra pararse de la cama. Sube al restaurante del último piso. Apenas entra las ve en una mesa larga tomando mimosas y comiendo tapas. Regias, con sus pareos de flores, el pelo brillante y la piel uniforme, sin ojeras ni quemaduras. No esperaba encontrárselas ahí. No tiene todavía preparado ningún plan.

—¡Emi! —grita la novia.

No se acuerda del nombre de ninguna. Pone su mejor sonrisa y se acerca a la mesa. Una de las damas de honor llama al mesero con un gesto para pedirle otra silla y otra mimosa. A Emilia se le forma un torbellino en el estómago de sólo pensar en el sabor del alcohol, pero sabe que esa interacción va a ser mucho más fácil si no está sobria. Con esfuerzo, se toma un sorbo de la mimosa. Repasa en su mente diferentes maneras en las que puede averiguar lo que pasó anoche.

—Niñas, perdón si la cagué, si dije algo o hice algo. La verdad, no me acuerdo de nada.

—¿De qué hablas, Emi? Si fuiste el alma de la fiesta —le dice la novia.

—Sólo al final... —empieza a decir la dama de honor a la que botó a la piscina. La novia la mira con los ojos bien abiertos para que se detenga.

—¿Al final qué? —pregunta Emilia.

—Nada. Tranqui —dice la novia—. A todas nos ha pasado.

Emilia está segura de que a ninguna de ellas les ha pasado ni les va a pasar lo que a ella le está pasando, pero entonces ¿qué tanto saben?

—Lo vas a superar —le dice la dama de honor.

Le da unas palmadas en la piel ardida y se voltea para unirse a la conversación que están teniendo en la otra punta de la mesa. Emilia empieza a sudar y su respiración a acelerarse: si le dicen que lo va a superar es porque saben el motivo de su viaje, y si saben el motivo de su viaje pueden vincularla con la organización. Está jodida. Se acaba la mimosa.

Se da cuenta de que están preguntándole algo.

—¡Emi, que cómo amaneciste!

—En una asoleadora —responde ella.

Todas sueltan una carcajada. ¿Por qué están actuando como si nada?

—¿En serio?

¿Estarán intentando sacarle más información?

—Sí, me despertó esta mañana el piscinero.

¿La estarán grabando?

—Te nos perdiste en un momento. Creímos que te habías ido a tu habitación a llamar a tu ex —dice la misma dama de honor impertinente.

La novia le vuelve abrir los ojos.

—¿A mi ex?

—Sí, a Manuel.

—¿Manuel?

—Manuel, Miguel: el *man* del que hablaste toda la noche.

—¡Sofía, ya! Déjaselo de recordar —dice la novia al darse cuenta de que sus gestos no estaban sirviendo para callar a su amiga.

—Ah, sí: mi ex —dice Emilia.

Se calma. Vuelve a respirar con normalidad. No tienen ni idea. Si se le hubiera salido algo importante, no estarían hablándole tan tranquilamente. Para desviar la atención, le pregunta a la novia cómo fue la propuesta de matrimonio. Aunque ya han escuchado la historia miles de veces, a todas se les aguan los ojos con cada detalle.

Desde el restaurante se alcanzan a ver los edificios, la sierra y, en el centro, el mar. Emilia pasa toda la tarde con ellas. Confirma que no saben nada. Además, mientras las observa con sus mimosas a las cinco de la tarde y sus tapas y sus conversaciones sobre cáterin y centros de mesa, entiende que en realidad no importaría tanto si se los hubiera contado. Su preocupación no estaba basada en creencias irracionales, pero sí era paranoica. Había leído mal el entorno y, por tanto, su desconfianza era desproporcionada. Ellas no están en la otra orilla, como creía Emilia. Están tan lejos del límite que ni siquiera alcanzan a ver el otro lado y, por eso, pueden mantenerse ajenas a la situación. Es posible que ni siquiera se hayan dado cuenta de que el país cambió cuando cambió el gobierno. Ellas pueden darse el lujo de no darse cuenta.

EL CIELO ESTABA partido en dos: en el norte era azul; en el sur, gris. Hacia allá caminaban Emilia y los otros ciento cincuenta mil cuerpos que salieron a las calles ese día: hacia las nubes densas, hacia los cerros que anunciaban el final de la ciudad. Miguel iba adelante, sosteniendo una esquina del letrero de la organización; Jennifer sostenía la otra esquina y Simón, en el centro, dictaba las arengas con un megáfono viejo.

Emilia caminaba en silencio detrás de ellos. Paraba de vez en cuando para tomar fotos con la cámara profesional que llevaba colgando en el cuello y hacía notas mentales de los datos que iba a incluir en la crónica: las madres de los desaparecidos iban vestidas de blanco, a las dos de la tarde se unió la Guardia Indígena a la manifestación, a las tres se estacionaron en fila cuatro camiones de la policía frente al edificio del Banco de la República. Un relámpago anunció la lluvia.

El agua no los detuvo, sino que les dio más fuerza: eran un río, un río de cuerpos que aumentaba su caudal. Se cubrieron con sombrillas, con chaquetas o bolsas de plástico, y siguieron caminando. Miguel y Simón iban abrazados. Ya habían soltado las consignas, y ya no cantaban arengas, sino que sólo saltaban al ritmo de las batucadas. Jennifer se le acercó:

—¿Qué pasa, mona? ¿Si salta con nosotros se le dañan los Adidas o qué?

Emilia guardó la cámara en su mochila y sacó una cacerola oxidada y una cuchara de palo. Se unió a la alegría y a los reclamos de las calles. Nunca había estado entre tanta gente; su corazón latía con fuerza. Cuando pasaron por la zona residencial del centro, se unieron más personas desde los balcones de los apartamentos.

Llegaron a la Plaza a las seis de la tarde. Los policías estaban en los costados, detrás de sus escudos. Las estatuas del medio estaban cubiertas por velos blancos que tenían escritos en rojo los nombres de los desaparecidos: ciento veinte en los tres meses que llevaba el nuevo gobierno.

Miguel soltó a Simón y se acercó a Emilia. Caminaron juntos hasta llegar al frente del escenario. Estaba comenzando a escampar. Guardaron las cacerolas en la mochila de Miguel y recibieron las velas que estaban repartiendo. Una banda de rap se bajó del escenario y se subió la Guardia Indígena. Pidieron un minuto de silencio. Miguel sacó un encendedor de su mochila y prendió las dos velas.

Simón pasó al micrófono y reiteró el apoyo de la organización de estudiantes a la causa revolucionaria. Al final de su discurso, presentó al senador de la oposición, “la voz del pueblo”. La Plaza se llenó de aplausos para recibirlo. Emilia dejó caer la vela al suelo. La apagó rápido con sus tenis.

—¿Estás bien? —le preguntó Miguel.

—Sí, sí. Ahorita te veo.

—¿Segura?

—Ajá.

Emilia se abrió espacio entre la multitud. No quería pensar en esa noche, en el taxi, en las manos tibias del senador. Volvió a sacar su cámara y subió por las escaleras del Palacio para tomar una fotografía de la Plaza desde arriba. En ese momento, oyó la primera granada. Un minuto después, la segunda. Buscó con la mirada a Miguel, a Jennifer, a Simón. No los encontró. Se colgó la cámara y bajó corriendo por las escaleras.

Los policías ya no estaban organizados en los costados, sino en el centro de la Plaza. Se habían duplicado, pero los manifestantes seguían siendo más, muchos más, y no pensaban irse. Entraron dos camiones negros a la Plaza para obligarlos a salir. Emilia intentó acercarse al escenario; sin embargo, la gente la empujó hacia la calle. Una nube de gas le nubló la vista, y un humo caliente le entró de la garganta al pecho y del pecho a los pulmones. No podía parar de toser.

Se alejó lo más rápido que pudo. Le compró una botella de agua a un vendedor ambulante. Se echó un poco en la cara y siguió caminando. Apenas encontró una calle desocupada, se sentó en un andén y fue tomando sorbos pequeños. La piel y los ojos le seguían ardiendo. Oyó unos gritos a lo lejos: “Ya, por favor. No más”. Se puso de pie y los siguió hasta la siguiente cuadra: “Por favor, no más. Por favor”. En una esquina estaban tres policías; en el suelo, un muchacho suplicando:

—¡No más, por favor; me ahogo!

Emilia se acercó para ver mejor lo que estaba pasando. Los labios del muchacho sangraban. Uno de los policías

tenía las rodillas sobre sus piernas, otro le aplicaba con un *teaser* descargas eléctricas en la nuca y el otro estaba parado mirando.

—¡Les está diciendo que no más! —les empezó a gritar Emilia con una voz todavía ronca por efectos del gas.

La ignoraron. Cogió la cámara y cambió el modo de fotografía a video.

—¡No más, no más; los estoy grabando!

El policía que estaba parado se le acercó a Emilia. Intentó arrancarle la cámara del cuello. Como no pudo, la agarró del brazo y la amenazó con un bolillo.¹ Emilia se soltó. La cámara cayó al suelo. Ella recogió los pedazos del lente y salió corriendo. Necesitaba encontrar a Miguel, sacarlo de ahí. Le marcó dos veces. No le contestó. Simón sí lo hizo, pero el sonido de las sirenas, los gritos y las balas no la dejaron oírlo.

Regresó a la calle principal, que era puro caos. Los encontró a punto de prenderle fuego a unas barricadas que habían formado con contenedores de basura y neumáticos. Miguel soltó el encendedor apenas la vio.

—¿Estás bien?

—Sí, Emi. ¿Y tú? ¿Dónde andabas?

—¡Vámonos!

—¿A dónde?

¹ “Instrumento cilíndrico, de unos 50 cm de longitud, que los agentes de la Policía usan como signo de autoridad”, según el *Diccionario de la lengua española*. N. del e.

—Miguel, vámonos: acá están matando gente.

—Yo me quedo.

—Está bien: ahorita los alcanzamos —intervino Simón. Miguel no se movió.

—Jen, ¿vienes?

Jennifer negó con la cabeza. Emilia agarró a Miguel de la muñeca y lo empezó a jalar hacia el norte. Intentaron salir de la calle principal, pero estaban atrapados entre las barricadas y los gases. Lo más seguro era esperar. Se refugiaron en un cajero. Detrás de la puerta de vidrio, vieron cómo la policía les disparaba indiscriminadamente a los manifestantes. A Miguel se le salían las lágrimas. Emilia lo agarraba con fuerza del pecho para que no se fuera.

—No podemos hacer nada, Migue. No hay nada que podamos hacer —repetía.

Pasada la medianoche, dejaron de oír disparos. Esperaron unos minutos para estar seguros. Salieron del cajero y se devolvieron despacio pisando vidrios rotos, cenizas y sangre seca. Vieron un cuerpo desmadejado caminando por el andén.

—¡Simón! —gritó Miguel.

Corrió a abrazarlo.

—¿Y Jen? —le preguntó Emilia.

—Se la llevaron.

Caminaron en silencio. Se oía a lo lejos el sonido amenazante de una sirena.

“LOS FRAILES SALIERON del convento con sus cazuelas y tapaderas. Pero antes de abandonar [...] los corrales, los pajares y la huerta, se encontraron con la triste realidad de la guerra”.

EMILIA NO LOGRA distinguir si lo que siente por ese lugar que habitan las del matrimonio es desprecio o envidia. Sabe que ella hubiera podido quedarse ahí. Sabe también que no se movió lo suficiente para alcanzar la orilla opuesta. Se quedó ahí flotando, en el medio: ni ajena ni comprometida. Se había dado cuenta; sin embargo, no había hecho nada. Por eso, está en lo que está.

Tal vez siente las dos: envidia y desprecio.

—Emi, entonces te espero el martes —le dice la novia cuando se está despidiendo.

—¿El martes?

—Sí, en el ensayo. Me prometiste anoche.

—Pero es que el martes...

—Ya sé. Te quedaste de ver con Miguel; pero no vale la pena, Emi.

No puede creer que les haya dicho eso.

—No vale la pena. —Todas concuerdan—. Ve al ensayo, más bien. Ya eres como una de nosotras.

—Voy a intentarlo.

Julio 28

Emilia, amas, pero amas desde arriba. Escondes, con tus plumas brillantes, tu lomo, que también brilla (¡déjalo ver!).

Las aves que vuelan juntas vuelan con las de su misma especie. A ti no te gusta reconocerte en nadie. Crees que sólo puedes volar tan alto si vas sola, pero no sólo tienes alas de ave, sino también joroba de camello. En ella cargas tantas culpas, propias y ajenas, que, por más alto que llegues, apenas puedes moverte (¡comparte el peso!).

Desprecias a los que vamos en bandada. No te gusta ir ni a favor ni en contra del viento, y entonces, de nuevo, te quedas quieta.

Las aves que vuelan solas pueden esconderse en un refugio pequeño sin que los predadores las noten, pero las que vuelan juntas conservan el calor en las noches más frías (¡busca el calor!).

Algunas veces, me agarraste por el pecho con tu pico encorvado y me subiste contigo; me mostraste el territorio, y con el territorio la vista, y con la vista el mundo y su totalidad. Otras veces, bajaste y caminaste a mi lado.

En estos días he vuelto a pasar por mi corazón nuestros recorridos y me he dado cuenta de que ahí habitan.

CON LA AMISTAD de Miguel, la ciudad se le engrandeció a Emilia. Antes ella le tenía miedo a la calle. Todos sus recorridos estaban justificados por sus destinos, que, en los últimos años, se habían ido reduciendo hasta ser sólo dos: su casa en el norte y la universidad en el centro. Miguel, que se había mudado un año atrás, conocía la ciudad mucho mejor que ella.

No había tardado en cogerle el ritmo al paso citadino. Se sabía de memoria todos los recovecos, todas las esquinas y las historias. En donde Emilia veía un café descuidado y viejo, Miguel veía una estación de tiempo que lo transportaba a los años cincuenta, cuando los poetas y filósofos departían en tertulias al ritmo de boleros y tangos. En donde Emilia veía unos tubos oxidados, Miguel veía la voluntad del pueblo, que en los años noventa se había unido para construir una escalera hasta el río y ubicar la boca del acueducto que le daría acceso al agua a los barrios que quedaban en las faldas de la montaña. En donde Emilia veía un cagadero de palomas, Miguel veía un quiosco de luz, una réplica del Trianón que mandó a construir María Antonieta en el Palacio de Versalles, la primera pieza construida en cemento en el país, unos ciudadanos que pensaban —por primera vez— en la idea de Nación.

Miguel amaba todo lo que a ella le fastidiaba de la capital: el paso veloz de los transeúntes; la arquitectura

desigual, que le recordaba los juegos de Lego que le regalaban en sus cumpleaños; el transporte público; las grandes avenidas; las ventas callejeras; la inmensidad y el ruido.

—¿El ruido?

—Es mucho mejor que el silencio afilado de la montaña.

EMILIA REGRESA A la habitación y se mete entre las sábanas frías, que huelen a lavanda y a limón. Se queda pensando en la frase que le dijeron para convencerla de ir al matrimonio: no le dijeron que *era* una de ellas, sino *como* una de ellas. Así se ha sentido siempre. Recuerda el último reencuentro de exalumnos al que asistió. Podía estar con sus amigos del colegio y hacerse pasar por uno de ellos. Podía también, aunque le quedara más difícil, ser como una camarada más de la organización. Pero no pertenecía a ninguno de los dos grupos. Tampoco quería pertenecer. Le incomodan los colectivos. Le parece que para pertenecer a éstos hay que abandonar el pensamiento individual. Esto era algo que Simón siempre le refutaba.

SIMÓN DICE: “EL individuo sólo le sirve a los intereses neoliberales”.

Simón dice: “El pensamiento individual no determina ningún cambio”.

Simón dice: “La revolución se gesta en los proyectos colectivos”.

EMILIA NO SÓLO extrañaba a Miguel y a Jennifer, sino que en ocasiones se sorprendía extrañando a Simón.

Un enemigo, dice Plutarco, puede ser un maestro gratuito. Como está siempre acechando a su oponente, pendiente de sus yerros, lo obliga a poner más atención a su propia vida. Cuando existe una contienda, los músicos se preparan más y afinan mejor su instrumento.

Desde que conoció a Simón, Emilia había empezado a cuidar más sus palabras y sus acciones para que él no tuviera nada que reprocharle. También empezó a estudiar más, a llenarse de argumentos para ganarle en las discusiones.

Plutarco concluye que los que quieren salvarse necesitan un enemigo ardiente o amigo auténtico. Ella tenía ambos, y los perdió.

•*Por haberme dejado sola.*

HAY UNA OBSERVACIÓN obvia sobre la ausencia, un lugar común, que sólo se entiende —como casi todas las obviedades— cuando se experimenta, y que se manifiesta siempre como un gran descubrimiento: nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde; no es posible dimensionar el lugar que algo o que alguien ocupa en la vida de uno, sino hasta que ya no está y se abre el hueco. El hueco se puede medir o, por lo menos, calcular. Sin huecos todo aparece como un conjunto, cada parte como una extensión de la vida misma. Algo similar sucede con el dolor: Emilia nunca había estado tan consciente de que tiene hombros como lo está en este momento, que le arden con el simple roce de las sábanas. Nunca nota la existencia de las partes de su cuerpo —de sus orejas, de sus manos, de sus rodillas— cuando están sanas. La dicha, al igual que la salud, piensa mientras se levanta de la cama, es no darse cuenta de que se está compuesta de partes.

Se le pasó la hora del desayuno. En la recepción le dicen que, por ser domingo, le toca ir hasta el centro histórico para encontrar un restaurante abierto.

El taxista la deja en la torre del Reloj, que es lo único que permanece igual que en sus recuerdos. Las murallas ya no son de piedra, sino que, como el piso, son de una baldosa brillante color marfil. Las casas coloniales conservaron sus colores, pero no sus habitantes ni sus balcones

ni sus portones gigantes de madera. Ahora tienen puertas corredizas de vidrio, que facilitan la entrada de los clientes a las tiendas de lujo.

Los coches de caballos se encuentran estacionados, uno tras otro, enfrente de un andén. En su país los animales no tendrían que trabajar, piensa Emilia.

Camina hacia la plaza. Con su familia iban a un restaurante italiano cerca de la catedral. Era su favorito porque se llamaba Emilia. No localiza la catedral por ningún lado. Imposible que hayan derrumbado también la catedral.

Empieza a llover. Entra en una cafetería. El televisor está prendido. Es la hora de la alocución presidencial. Cuando termina de sonar el himno, el presidente se quita la corbata, agarra el balón de fútbol y se lo pone en la cabeza. El público comienza a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte y veintiuno. Ningún presidente en la historia había alcanzado antes ese récord.

6 de marzo de 2019

21 guerrilleros abatidos en combates en el Sur de Bolívar

Veintiún guerrilleros de la Cuadrilla 14 resultaron muertos el día lunes durante enfrentamientos con el Ejército en un paraje rural de la localidad de Progreso Alto, departamento de Bolívar. Durante el operativo, se incautaron grandes cantidades de materiales de guerra.

Las labores militares en la cordillera central se han centrado en obtener la neutralización, la captura o la desmovilización de los terroristas, contribuyendo así a la

seguridad y prosperidad de la región.

De acuerdo con la ministra, la cohesión de las Fuerzas Armadas es lo que ha permitido que se le entreguen al país resultados operacionales positivos. En lo que va del año, el Ejército ha decomisado un total de 1.002 armas de corto y de largo alcance y ha registrado cerca de ciento cincuenta bajas, lo que representa un crecimiento de un 87 por ciento, comparado con el primer semestre del año pasado.

6 de marzo de 2019

Hola Emi,

Nosotros la estamos pasando súper bien, aunque sigue haciendo un calor que te mueres.

La receta que me pediste la puedes encontrar en el sexto capítulo del libro que te dejé. Está pasando lo mismo, pero al revés.

Te quiero y te extraño mucho.

FUE LA ÚNICA carta que llegó después de los discos. Aunque era su letra, no parecía escrita por Miguel. No solamente era extraño que le escribiera como si estuviera de vacaciones, sino también que hubiera incluido el año. En ninguna otra carta lo incluía. Además, en marzo de 2019 él todavía no se había ido. La fecha era una pista, ¿pero una pista de qué?

El libro al que se tenía que estar refiriendo era *Fray Perico en la guerra*, pues el manual para construir un jardín interior no estaba dividido en capítulos. En el sexto capítulo, tres ladrones se hacen pasar por frailes para entrar al convento. *Está pasando lo mismo, pero al revés.*

—ESA SEMANA, BAJÁBAMOS todas las tardes a entrenar con los pelaos. Yo soy un buen media punta y Coco era el mejor defensa, pero decidimos irnos turnando las posiciones. En caso de que el reclutador estuviera buscando jugadores que pudieran hacer de todo: defender, tapar, meter goles.

”Después de los partidos, Coco y yo caminábamos juntos a nuestra casa echando bareta y hablando mierda. Nos imaginábamos un futuro en las canchas, por fuera de las plantaciones.

”El domingo no pegué el ojo. El lunes estaba listo a las diez de la mañana. La buseta salía a las dos. Yo estaba listo a las diez, juro que a las diez. Me puse la camiseta de la selección y los guayos de mi hermano, que estaban un poco rotos, pero eran mejores que los míos. Antes de salir, mi mamá me pidió el favor de ir a la tienda por leche y panela. Me tocó bajar hasta el mercado de la plaza porque la tienda de la esquina estaba cerrada. Dejé la compra en la puerta y salí pitao hacia la carretera. Llegué a las dos y veinte, y no estaban: la buseta me había dejado.

”Don Jairo me hizo el favor de acercarme en moto hasta el brazo del río. Alquilé una chalupa pa mí solo. Me gasté todo lo que había ganado esa semana recogiendo. El cielo estaba nublado; el agua, tranquila. Cuando iba llegando a la orilla escuché los tiros, pero eso es normal en Moralitas.

ANTES DE SALIR de la habitación, hace la llamada que estaba evitando. Al otro lado del teléfono, el llanto de una madre que ha perdido a su hijo varias veces. Esta vez, es seguro que no va a volver. Emilia se pregunta si no habrá parado desde el día que le dio la noticia. No sabe cómo consolarla. Le dice que mañana la van a llevar a verlo.

Hace unos años, unos padres que perdieron a sus hijos pasaron una petición a la RAE pidiéndole que incluyera en el diccionario la palabra “huérfilos” para definir la particularidad de su pérdida. La RAE no aceptó. Según los señores de la Real Academia Española, la palabra “huérfano” no sólo nombra a las personas a las que se les han muerto los padres, sino también a los que se les han muerto los hijos. Nadie usa esta segunda acepción. Tampoco hay una palabra para nombrar a las personas que han perdido un amigo. ¿Cómo se hace el duelo cuando ni siquiera se puede enunciar? ¿Cómo se hace un duelo?

La tercera acepción de huérfano es “falto de algo, y especialmente de amparo”. Emilia piensa que es posible que, sólo por esta vez, los señores ésos tengan razón: no es necesario diferenciar las pérdidas; todo aquel que pierde a alguien queda desamparado.

Tal vez a Emilia se le nota de lejos el desamparo, y por eso las del matrimonio la acogen cuando la ven merodeando por las bandejas del bufé del desayuno. Se sienta con

ellas. Están emocionadas. El gran día está por llegar, tanto para la novia como para Emilia; las dos van a empezar una nueva vida. Cuando se deja entrar a alguien, el mundo, que es la vida, se extiende. Cuando se deja ir a alguien, el mundo no se reduce, sino que queda el hueco.

EL DÍA QUE se conocieron, Emilia estaba medio zombi: se había quedado toda la noche despierta estudiando para una presentación. No se dio cuenta de que estaba en la clase equivocada sino hasta que el profesor comenzó a hablar de *El corazón de las tinieblas* y no de Derecho Constitucional. Ya era muy tarde para salirse del salón: se había sentado justo en la mitad de una fila y se notaba que el profesor era un viejo refunfuñón. Sacó su celular para avisarle a sus compañeros que no iba a llegar. En ese momento, el profesor la señaló con el marcador:

—Usted, la del celular: ¿cuál es el motivo del viaje de Charles Marlow?

—Es complicado...

—Ajá...

Miguel, que estaba sentado a su lado, arrastró su cuaderno hasta el pupitre de Emilia. Su letra era ilegible. De los dos párrafos que había escrito, ella sólo entendió la palabra “curiosidad”.

—Por curiosidad.

Su respuesta pareció satisfacer al profesor.

La clase se le hizo eterna a Emilia. Cuando por fin se terminó, le dio las gracias a Miguel. Él se presentó y le pidió que lo acompañara a hacer unas vueltas al centro.

Se fueron hablando todo el camino: tenían vidas enteras por adelantarse. Miguel estaba buscando unas estampillas.

Desde que su mudó a la capital, le enviaba todos los meses cartas a mano a sus padres. Entraron a una librería de segunda.

Era muy angosta y el suelo estaba lleno de libros. Miguel le propuso que cada uno escogiera un libro para que el otro lo leyera. Emilia encontró en la parte de arriba de una pila *Fray Perico y su borrico*, de Juan Muñoz Martín.

—¿Por qué ése?

—Lo leí cuando era niña.

—¿Y de qué es o qué?

—No sé. Sólo me acuerdo de que fue el primer libro que me hizo reír.

Miguel escogió *Moralia*, de Plutarco.

TAL VEZ MIGUEL no había perdido sus contornos. Tal vez solamente había cambiado de forma. Para hablar sobre la inevitabilidad del cambio, Plutarco señala que las gotas de agua horadan las piedras, que el hierro y el bronce se gastan con el contacto de las manos y que los aros de las ruedas de los carros —después de ser doblados con el torno— no pueden recuperar nunca la dirección que tenían al principio. Emilia le había exigido a Miguel mantenerse igual a sí mismo: la misma exigencia que su padre le hace a ella.

DESPUÉS DE DESAYUNAR, van juntas a la playa frente al hotel. Las lonas blancas se mueven con el viento. Los meseros, vestidos con trajes de pingüino, están parados alrededor de los toldos sosteniendo unas bandejas circulares. Las damas de honor extienden las toallas sobre la arena, se quitan los pareos y se acuestan de espaldas. Emilia va a acostarse junto a ellas, pero se arrepiente: no quiere volver a exponer su piel al sol. Entonces se refugia con la novia en uno de los toldos. La novia saca una *Vogue* para ella y otra para Emilia. Hace tiempos que no lee una de esas revistas. Su gusto por la moda ha sido uno de los tantos rastros de su feminidad que ha intentado borrar: no más uñas pintadas, no más pelo tinturado, no más tacones, no más Emilia.

POR PRIMERA VEZ, el centro de la casa ovalada no era Simón. El centro era el candidato. Emilia no lo había conocido antes personalmente, sólo lo había escuchado en los debates. Le impresionaba su capacidad para conducir la conversación hacia donde él quería. Incluso con los moderadores en su contra, siempre terminaba ganando.

Después de los discursos apagaron las luces, le subieron a la música y sacaron las botellas de aguardiente. Como Miguel no estaba, Emilia quería irse temprano. Se había quedado sin pila en el celular; entonces salió a coger un taxi. En la entrada, se encontró con el candidato. Él también iba hacia el norte. Insistió en acercarla.

Los recogió una mujer en una camioneta. Se subieron a la parte de atrás. Emilia aprovechó para hacerle preguntas sobre sus propuestas. Utilizando los mismos trucos que utilizaba en los debates, él fue cambiando de tema. Pasó de hablar de la reforma agraria a ofrecerle trabajo e invitarla a un trago a su apartamento. Al tercer “no”, se acercó y le agarró la mano. Ella intentó soltarse. Él la apretó más fuerte y se la puso encima del pantalón.

—Mira cómo me tienes, mi niña.

—¿Por qué no esperamos a llegar a tu casa?

Él aflojó la mano y esbozó una sonrisa.

La conductora se dio cuenta de lo que estaba pasando. Por el espejo retrovisor, entre miradas, planeó con Emilia la

huida. Fue desacelerando hasta que el semáforo se puso en rojo. Los próximos pasos de Emilia tenían que ser veloces: subir el seguro, abrir la puerta y saltar a la carretera. Cayó de rodillas.

Llegó caminando al apartamento a la madrugada. Entró al cuarto de Miguel y se acostó a su lado. Estaba agotada.

EMILIA SABÍA QUE tenía que buscarlo para conseguir las piezas que le faltaban. Lo había visto por última vez en el escenario, el día de la manifestación. No quería volver a verlo, pero la investigación estaba estancada. Ya había escuchado los discos más de veinte veces y había buscado todos los reportes de prensa sobre el enfrentamiento y había escudriñado las cartas de Miguel en busca de pistas nuevas.

Consiguió el número de su oficina en la página web de la Cámara de Representantes. Él le sugirió que se vieran en su apartamento. Emilia sabía que no era una conversación que pudieran tener por teléfono ni en un sitio público; sin embargo, tampoco iba a meterse en la boca del lobo. Se le ocurrió darle la dirección de Sebastián: así no iba a estar sola con él. Se arrepintió apenas colgó el teléfono. Sabía que su hermano le iba a decir que sí, como le decía que sí a todo, pero no debió haberlo involucrado.

Sebastián se comió el cuento de que iba a entrevistar a un coleccionista de arte que quería mantener su identidad secreta. Como nunca veía las noticias, y mucho menos las sesiones del senado, no lo reconoció cuando le abrió la puerta. Entre menos supiera, mejor. Se quedó en la cocina mientras ellos hablaban en la terraza.

Emilia notó que el senador estaba mucho más nervioso que ella. Desabotonaba y abotonaba una de las mangas de su camisa, y se le alcanzaban a ver los huesos del cuello

de lo tenso que estaba. Seguramente creyó que Emilia lo había citado para hablar sobre lo que pasó en el taxi. Seguramente estaba imaginándose el final de su carrera política. Emilia consideró mantenerlo un rato más en ascuas, darle una probada del miedo que ella había sentido aquella noche. Sin embargo, también quería terminar con la reunión lo más rápido posible. Pudo ver su expresión de alivio cuando le explicó el motivo por el cual lo había buscado. Le entregó una carpeta con todos los archivos que había recolectado hasta el momento. Él sacó sus gafas del maletín. Leyó varias veces la transcripción de las grabaciones.

—¿Estás segura?

—¿De qué?

—De meterte en esto, mi niña: es peligroso.

“Peligroso eres tú, hijo de puta”, le dieron ganas a Emilia de contestarle después de ese “mi niña”.

—Sí, estoy segura. ¿Qué sabes?

Él y su equipo habían comenzado a investigar el mismo caso meses atrás, pero tuvieron que detenerse porque recibieron amenazas. La fecha del supuesto enfrentamiento coincidía con la fecha de la desaparición de veintiún jóvenes en diferentes corregimientos del sur de Bolívar. Después de ponerles muchas trabas, la fiscalía accedió a la solicitud de exhumación de la fosa común. A casi todos les habían disparado en el rostro, los uniformes no tenían agujeros y tres de los cuerpos llevaban botas de un tamaño distinto en cada pie.

No era la primera vez que miembros del ejército organizaban un montaje así, pero en octubre habían dejado un cabo suelto: Hernán.

—AMARRÉ LA CHALUPA a un tronco. Grité varias veces el nombre de Coco con la esperanza de que estuvieran cerca, pero nadie respondió. Entonces subí corriendo por la trocha. Alcanzaba a ver el filo de la Serranía. El barro se me metía por los huecos de los guayos. Mi cuello estaba empapado de sudor.

"Yo había jugado en Micoahumado par veces cuando era niño, pero no me acordaba bien en dónde quedaba la cancha. Cuando llegué al caserío de Progreso Alto, le pregunté a un pelao que iba en cicla. Él me dio indicaciones. Me metí por un camino lleno de arbustos. Fui cogiendo las ramas con las manos pa evitar los golpes.

Emilia se sabía el final de la historia —el final era lo único que ya sabía—; sin embargo, mientras escuchaba, sentía en el estómago el vacío propio de la intriga. Deseaba un final diferente: heroico. Se imaginó a Hernán llegando a la segunda mitad del partido y metiendo un golazo; a Coco, y a otros nueve jugadores, lanzándosele encima para celebrarlo. Se lo imaginó jugando para las ligas mayores y hablándole a una cámara, con la misma elocuencia con la que en ese momento le hablaba a la grabadora, sobre los detalles de algún partido importante. Pero en ese país no había lugar para finales felices ni heroísmos.

—Los arcos estaban hechos de palo. Cuando no vi a Coco ni a Yuyo ni al reclutador ni a nadie, me pillé de qué

se trataba. Todo era muy bueno pa ser verdad. Yo había escuchado historias similares, pero creía que eran puro chisme: pa echar miedo. No vi rastros de los cuerpos. Salí a correr.

SEGÚN EL INFORME de resultados, los enfrentamientos sucedieron en la tarde durante una operación de registro y control de área realizada por tropas de la Cuarta Brigada. Se reportaron veintiún bajas, cero heridos y cero capturas.

Los siguientes materiales de guerra fueron incautados y entregados a las autoridades competentes:

- chalecos multiusos (02),
- granadas de mano (03),
- artefactos explosivos improvisados (04),
- revólveres (07),
- changones (04),²
- panfletos.

² Arma de fuego hechiza. N. del e.

AL MEDIODÍA, UNA mujer palenquera se les acerca:

—Mis amores, tengo piña, guayaba, patilla, mango, papaya...

—No, gracias —la interrumpe la novia sin mirarla.

—Vea, mi amor: la piña está dulce dulce. Pruébela, sin compromiso.

La novia saca una mano por la lona y llama a un mesero. La sonrisa de la palenquera se esfuma. El mesero se le acerca y le recuerda que está en una playa privada. La palenquera se va. Emilia no puede creer que ya les estuviera cogiendo cariño a las del matrimonio. Plutarco aconseja no abrazar a los que abrazan fácilmente, sino sólo a aquellos que sean provechosos y dignos de atención. ¿Quién cumple para ella estos requisitos? Al final, le retiró el abrazo hasta a Miguel. *Amas, pero amas desde arriba.*

Cuenta también Plutarco que cuando Platón se encontraba con personas que obraban torpemente, se volvía a sí mismo y se preguntaba: “¿Seré yo como ellos?”. Para que la censura hacia la vida de otro no sea inútil y vacía hay que observar la propia vida y cambiarla en dirección contraria de aquello que se censura. ¿Será Emilia como ellas?

Sale del toldo y camina hacia el mar. Esta vez no se aleja de la orilla. No tiene las fuerzas para volver. Se le va el día ahí: viendo cómo las olas se llevan las conchas, las piedras y los corales.

LA OFICINA DE la revista se había vuelto otra casa ovalada. Tenía un olor constante a marihuana, y gente que Emilia no había visto antes entraba y salía como si nada. En las reuniones editoriales, le costaba distinguir entre los practicantes que trabajaban para la revista y los miembros de la organización. Todos tenían una opinión sobre qué publicar y qué no. La decisión final seguía siendo de Emilia y de Miguel.

Una vez Emilia estaba haciendo la última revisión de la revista antes de mandarla a impresión y encontró un artículo que no habían discutido: “¿Títere o carnicero?”. Le pidió a Miguel que entrara a su oficina y cerrara la puerta.

—¿Qué es esto?

—Ah, lo mandó Simón.

—No.

—¿No qué?

—No vamos a publicar esto, Miguel. ¿Qué es ese título tan amarillista? ¿Quién hizo la investigación? ¿Ya corroboraron las fuentes?

—Éste es un momento clave, Emi. Tenemos que estar comprometidos. Si no estamos en contra del poder, estamos con el poder.

—¿Por qué hablas así?

—¿Cómo?

—No sé, como si no fueras una persona.

—Todos somos sujetos colectivos, camarada.

—Ay, mira, Migue. Primero: esto es una revista, no un pasquín. Y segundo: yo no soy tu camarada; soy tu amiga.

Emilia le cambió el título y el tono al artículo de Simón, y le pidió a un practicante que borrara toda la información que no pudiera corroborar, pero terminó publicándolo, pues le parecía importante lo que denunciaba. A los tres días de la publicación, llegó la policía a la oficina con una orden de allanamiento. Se llevaron todo el material probatorio.

Por esos tiempos fue que los de la organización comenzaron a discutir la posibilidad de irse al monte. Emilia nunca creyó que hablaran en serio.

A LAS SIETE de la mañana, baja a la playa una última vez. El cielo está despejado; el viento, tranquilo. Los meseros ya están acomodando las sillas para el ensayo.

Emilia se sienta encima de su toalla extendida y empieza a recolectar granos de arena seca para la base de un castillo. Excava un hoyo cerca de la orilla para recoger la arena húmeda. Le va dando forma a las torres con las manos. Con goticas de arena mojada construye las murallas. Cuando termina, se quita las sandalias y entra al agua tibia. Se queda viendo las palmeras, el hotel, los edificios gigantes al lado del hotel y, enfrente, su castillo, diminuto. ¿Cómo será el campamento? ¿Será igual que en sus pesadillas? Emilia había considerado, muchas veces, empacar su mochila y seguir las pistas en las cartas hasta encontrar a Miguel. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué no lo hizo antes?

Antes de subir a su habitación, se sienta encima del castillo.

EMILIA, APENAS CUMPLIÓ los dieciocho años, dejó de ir con sus padres al puesto de votación. Los resultados de las elecciones pasadas los esperó en la casa ovalada junto a los otros miembros de la organización. Se sentía la esperanza en el ambiente: era la primera vez que un candidato de izquierda llegaba a la segunda vuelta. Compraron serpentinas y cervezas por docenas. La adrenalina le abría un vacío en el estómago a Emilia, uno mucho más grande que el que le abría cuando era niña. Estaba más en juego o, más bien, entendía todo lo que estaba en juego.

Hicieron un círculo alrededor de una radio vieja y sintonizaron la única estación que coincidía con su orilla política. A las 4:20 de la tarde el locutor leyó el primer boletín nacional: con 298 mesas escrutadas, candidato A lleva 53.11% de los votos. Candidato Z (su candidato) lleva 46.89% de los votos.

Segundo boletín: 56.72% para A. 39.54% para Z.

Tercer boletín: 53.22% para A. 45.58% para Z.

Se acercaron más a la radio, como si con sus cuerpos pudieran cambiar el resultado.

Cuarto boletín: 48.21% para A. 51.61% para Z.

Sonaron gritos de júbilo, silbidos y aplausos. Nunca había estado tan cerca la posibilidad de transformación. Nunca la habían podido ver.

A los cuatro minutos, con el quinto boletín, se volvió a alejar: 52.26% para A. 47.74% para Z.

Sexto boletín: 53.32 % para A. 46.68 % para Z.

Séptimo boletín (al locutor se le rompió un poco la voz): con 54.76 % de los votos, A es el virtual presidente. 45.24 % para Z.

En ese momento, Jennifer se puso de pie y apagó la radio. El resto de la tarde en la casa ovalada transcurrió en silencio. Ni siquiera Simón se subió al micrófono para decir unas palabras de aliento. Todos sabían que vendrían días difíciles. Pero ninguno se alcanzó a imaginar los rostros que tendría el horror.

—MINISTRA, BUENAS TARDES. La llamo para preguntarle acerca de las presuntas irregularidades en la operación militar que se llevó a cabo en marzo de 2019 en el sur de Bolívar.

—No sé de qué me habla.

—Sobre la denuncia de un supuesto montaje que hizo el ejército en dicha operación.

—No sería la primera vez que se hacen falsas acusaciones para tratar de paralizar la acción de nuestras fuerzas armadas.

—¿Y esa denuncia es falsa? ¿Hubo o no hubo enfrentamientos con la guerrilla el 4 de marzo del 2019?

—Eso es lo que indica el reporte.

—Le voy a hacer la pregunta directamente, ministra: ¿asesinaron los militares de la Cuarta Brigada a miembros de la población civil y los hicieron pasar por bajas en combate?

—Ya se abrió una investigación interna y, si ése es el caso, se aplicarán las sanciones correspondientes.

—¿Cree que esta práctica pueda estar relacionada con una presión por parte del gobierno para aumentar las bajas?

—No. La oposición tiene orquestado un plan para desacreditar la institución militar y la política de seguridad de este gobierno, que es el que más duro le ha dado al terrorismo.

—¿Han ofrecido los altos mandos algún tipo de recompensa a cambio de resultados operacionales?

—De ninguna manera.

—¿No han ofrecido ascensos, incentivos económicos o días de descanso?

—No.

Sobre tierra quemada

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	5
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por	
	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	6
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por	
	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	7
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por	
	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	8
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por 	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	9
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por 	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	10
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por 	

Sobre tierra quemada

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	11
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por _____ RESERVADO BAPOP	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	12
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por _____ RESERVADO BAPOP	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	13
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por _____ RESERVADO BAPOP	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	14
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por	
	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	15
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por	
	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	16
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por	
	

Sobre tierra quemada

FUERZAS MILITARES
EJÉRCITO NACIONAL
CUARTA BRIGADA

LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	17
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000

RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA
BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)

POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS
DANDO EXCELENTES RESULTADOS

Recibido por

RESERVADO-BAPOP

FUERZAS MILITARES
EJÉRCITO NACIONAL
CUARTA BRIGADA

LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	18
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000

RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA
BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)

POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS
DANDO EXCELENTES RESULTADOS

Recibido por

RESERVADO-BAPOP

FUERZAS MILITARES
EJÉRCITO NACIONAL
CUARTA BRIGADA

LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	19
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000

RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA
BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)

POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS
DANDO EXCELENTES RESULTADOS

Recibido por

RESERVADO-BAPOP

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	20
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por _____ RESERVADO BAPOP	

FUERZAS MILITARES EJÉRCITO NACIONAL CUARTA BRIGADA	
LUGAR Y FECHA	Bolívar, 7 marzo de 2019
COMPROBANTE NO	21
RETENCIÓN DE LA FUENTE	0 \$
NETO A GIRAR	\$ 200.000
RECIBÍ DEL SEÑOR TENIENTE CORONEL ALBERTO FIGUEROA DE LA CUARTA BRIGADA LA SUMA DE: \$ 200.000 (Doscientos mil pesos)	
POR CONCEPTO DE: EL PAGO DE INFORMACIÓN EN CONTRA DE TERRORISTAS DANDO EXCELENTES RESULTADOS	
Recibido por _____ RESERVADO BAPOP	

FALTABA LA PARTE más difícil de la entrevista. Emilia le pidió que dijera su nombre completo. Él no contestó.

—Tranquilo —dijo ella—, es sólo para mis registros. El testimonio va a ser anónimo.

—Hernán David Sanabria.

—¿El de Coco?

—Se llama... Se llamaba José, José Quintero.

—¿Y Yuyo?

—No sé, doc.

Yuyo era “reservado”. Era a él a quien la Cuarta Brigada le estaba pagando los incentivos.

—Es importante.

—Todos lo conocíamos como Yuyo y, desde ese día, no se ha vuelto a aparecer por Aguachica.

Emilia hizo una pausa.

—¿Me puedes repetir tu profesión?

—Trabajo en las plantaciones de frijol. Hay veces en las de cacao.

—¿Y Coco?

—Lo mismo: jornalero.

—¿Y no hacían nada más? —preguntó Emilia dirigiendo su mirada al piso.

—Nada —contestó Hernán un poco impaciente.

—Mira, Hernán, yo entiendo que la situación los puede llevar a ustedes a buscar otras actividades.

—Mire, doctora, nosotros somos gente humilde, pero de bien: trabajadora. A mí me ha hecho el ejército la misma pregunta muchas veces que por qué usaba esas botas. Y yo, la verdad, les dije que nosotros en el campo no trabajamos a pie limpio. Todos trabajamos con botas de caucho.

La comparación entre ella y el ejército le provocó a Emilia una punzada en el pecho. Decidió detenerse. A Hernán le esperaba un largo camino de vuelta.

Desde la ventana, Emilia lo vio alejarse. Notó que sus pasos eran distintos a los otros pasos, a los ciudadanos: eran más lentos y cautelosos, más conscientes del mundo y de sí mismos.

PASA JUNTO AL *spa* del hotel. Les están alisando el pelo y pintando las uñas a las del matrimonio. La novia ya está maquillada y se ve radiante. Le hace señas a Emilia para que entre, pero ella la saluda desde el otro lado de la puerta de vidrio y sigue caminando hacia la recepción.

Se sienta en un sillón de terciopelo verde. Se registran nuevos huéspedes. Emilia cabecea; anoche no pudo dormir nada. Le espera un día largo. Trae puesta la misma ropa con la que viajó. Su mochila está liviana: sólo carga su chaqueta, su libreta y su lapicero.

En la mañana, la mujer del campamento la llamó para confirmar la dirección del hotel. Le dijo que tenía prohibido llevar cámaras o celulares. Emilia intentó convencerla: le había prometido una foto del cuerpo a la madre de Miguel, pero la mujer se mantuvo firme. El reloj de la recepción marca las once.

La puerta se vuelve a abrir. Entra un hombre alto y musculoso, con *jeans* claros, camiseta blanca y gafas oscuras de aviador que le cubren hasta la mitad de las mejillas.

—La entrada de los empleados es por el otro costado —le dice el botones; sin embargo, el hombre sigue derecho.

Cuando Emilia lo ve, recoge su mochila del suelo y se la cuelga en los hombros. El hombre se acerca a ella. El botones lo sigue.

—¿Doña Emilia?

Emilia asiente.

—El muchacho viene conmigo —le dice Emilia al botones, pero el botones no se aleja, sino que los acompaña hasta la puerta.

—¿Varela no le dijo que me esperara afuera? —le pregunta el hombre a Emilia apenas salen del hotel.

—¿Quién? —pregunta Emilia.

El hombre no contesta. Cruzan la calle y caminan en silencio hacia una moto roja, cubierta de barro. El hombre abre el baúl, saca un casco y se lo entrega a ella.

—¿Jennifer? ¿Jennifer Varela? —Emilia insiste.

HABÍAN PASADO TRES días desde la protesta y Jennifer nada que aparecía. Habían ido a buscarla a todas las estaciones y en ningún lado querían darles información. Emilia propuso, desde el primer momento, llamar a su padre; un general de la policía era uno de sus mejores clientes y seguro podía ayudarlos. Simón rechazó la propuesta de inmediato:

—No, tiene que haber otra forma. No nos vamos a aliar con el enemigo.

Emilia no sabía si con “el enemigo” se refería a su padre, al general o a los dos. A ella tampoco le atraía la idea de pedirle favores a su padre, pero se imaginaba lo que le estaban haciendo a Jennifer. Así que decidió hacer la llamada:

—Por favor, papá: podría haber sido yo.

Fue a recogerla a la dirección que le envió su padre. Quedaron, entre ella y Jennifer, en que nunca le iban a contar a nadie de la organización cómo habían logrado que la sacaran.

EL CASCO HUELE a húmedo y le queda enorme. Se mueve para atrás y para adelante dándole golpecitos en la cabeza. Por el visor, y en cámara rápida, Emilia ve la entrada de los condominios y de los hoteles, que había visto los días anteriores desde la playa. Tapan el mar.

Los edificios pierden altura. Llegan a una parte de la ciudad que Emilia no conocía, que nunca había visitado en sus vacaciones familiares. La ciudad de verdad, diría Simón: plazas de mercado, misceláneas, puestos ambulantes, ferreterías, bolsas atiborradas de basura, cables eléctricos en desorden, pitos y tráfico, mucho tráfico. Culebrean entre los carros, entre los buses y los camiones. Emilia se agarra con fuerza del abdomen firme y sudoroso. Se subió, como si nada, en la moto con un desconocido. No le preguntó ni el nombre. ¿Y si la están secuestrando? ¿Y si todo, desde un principio, ha sido un montaje? No, Miguel no le haría eso. ¿Y Simón? Él sí sería capaz: todo se vale en la guerra. Y si la burguesía es el enemigo, Emilia es el enemigo o, por lo menos, lo son sus padres, a quienes les podrían sacar un montón de plata con su secuestro. Eso explicaría por qué había accedido tan rápido:

“Tengo que ir, tengo que verlo”.

“¿Emilia?”.

“Ya sé lo que me vas a decir. Pero se los prometí. Son sus papás, Simón. ¿Qué más querías que hiciera? Se los debes, me lo debes a...”.

“Voy a mirar qué puedo hacer”.

“Gracias”.

“Pero porfa, mona, no me marques más a este número, que es peligroso. Yo te envió indicaciones”.

No: aunque Emilia prefiera la posibilidad, Simón tampoco lo haría. No es una trampa. No es un montaje. Miguel está muerto.

Cruzan a la izquierda por un semáforo. Se meten por un barrio de casas de ladrillo. Emilia alcanza a ver, en el fondo, el mar. Bajo la sombra de las palmas, unos ancianos en pantaloneta están jugando dominó y tomando cerveza. La calle se termina, se vuelve playa. Conducen por la arena. No hay hoteles ni edificios en el costado. No hay toldos de lonas blancas ni gente bronceándose. No hay niños bañándose en el mar ni haciendo castillos. Siguen por la orilla durante una hora larga.

Se estacionan enfrente de una choza de guadua y techos de palma. El hombre toca el pito de la moto dos veces.

—¿Llegamos? —pregunta Emilia.

El hombre se quita las gafas oscuras. Parece mucho más joven de lo que Emilia creía que era. De la choza sale una palenquera.

—¡Edwin! ¿Y ese milagro?

—Acá, haciendo una vuelta, doña Gloria —contesta él, y la saluda con un beso en la mejilla.

Emilia, todavía sentada en la moto, intenta quitarse el casco, pero no puede desabrocharlo. Edwin se acerca a ayudarla.

—¿Y esa muchacha es su novia?

—No, doña Gloria: una amiga —contesta Edwin.

Entra a la choza.

—Siga, mi amor, siga, que acá los amigos de Edwin son nuestros amigos —le dice Gloria a Emilia.

Dentro de la choza, un niño y una niña están compartiendo un sillón. Los nietos de Gloria, supone Emilia. El niño está en calzoncillos. Le baja el volumen a la radio que tiene encima de las piernas apenas Emilia entra. La niña la sigue con sus ojos negros. Está vestida igual que su abuela: un faldón blanco que le llega hasta los pies y una blusa con volantes verdes, azules y anaranjados. No lleva un pañuelo alrededor de la cabeza, como Gloria, sino que deja ver sus trenzas. Emilia los saluda con la mano. La niña contesta el saludo con el mismo ademán. El niño se ríe. Las mejillas se le enrojecen.

—Mi amor, ya le traigo una silla —le dice Gloria a Emilia y sale al patio trasero. Edwin la persigue.

Emilia se queda detallando la choza. Del techo cuelga una linterna. Sobre el suelo hay tres esteras extendidas. Enfrente de los niños hay una mesa de plástico; encima de la mesa, un televisor viejo enorme. En una esquina hay tres vasijas de barro; en la otra, un mueble cubierto por una sábana blanca con objetos encima. Emilia se acerca despacio: es un altar de tres niveles. El primer nivel está decorado con moños negros y morados. El segundo, con velas blancas encendidas alrededor de un vaso de agua. Y el tercero, con una pintura de la Virgen María a la derecha, una del Sagrado Corazón a la izquierda y una de un santo que Emilia no conoce en el medio.

—Es mi abuelo —dice la niña desde el sillón.

—¿Tu abuelo?

En ese momento, entra Gloria cargando una silla de plástico. La deja en el suelo y se acerca Emilia. Le toca el hombro.

—Sí: es mi Pedro, mi marido. Ya mañana es el día noveno.

Emilia la mira desconcertada.

—Aquí a los muertos los amortajamos en su propia casa. En el día noveno, el cuerpo se va al cementerio y la sombra coge su camino.

¿En dónde amortajarían a Miguel? *Pienso en la casa. Pienso en ti, en tu amistad: el lugar seguro.* Se le humedecen los ojos.

—No, mi amor —le dice Gloria—: a los muertos hay que llorarlos sólo un día porque si el llanto se prolonga la sombra nunca descansa.

—Se convierte en duende y te persigue —agrega el niño. Edwin cruza por la puerta.

—Vamos, doña. No vaya a ser que nos coja la noche. Emilia asiente. Alza su mochila del suelo.

—Pero vaya antes al baño —le dice Edwin.

—No, gracias —contesta ella.

—¿Segura? Más adelante no va a tener chance.

El baño queda en el patio. El suelo está lleno de arena. Cuando termina de orinar, Emilia se da cuenta de que el inodoro no tiene cadena. Ve un balde lleno de agua a su derecha. Lo agarra con las dos manos y lo voltea sobre la taza. El agua se lleva el agua por las tuberías.

Mayo 14

Me despierto muy temprano y bajo por la trocha hasta el brazo del río para poder bañarme en calma. Algunas mañanas, Simón baja conmigo. Es el único momento en el que podemos estar solos. Al salir del agua dulce, nos quedamos ahí acostados en la hierba. Ésa es la hora en la que más se dejan ver los animales. El otro día pasó un mono araña y le jaló los crespos a Simón. Él estaba histérico y yo cagado de la risa.

Cuando el sol se asoma y empiezan a llegar los pescadores, Simón me acompaña caminando hasta la escuela y después se devuelve al campamento o se queda dando vueltas por el corregimiento, averiguando cómo está la situación, si se avecina algún peligro.

Dicto clases de español, de historia y un poco de matemáticas. Como te imaginarás, hay muy pocos libros y ni un solo computador. Entonces me toca inventarme los ejemplos, pensar en maneras de enseñar sin referentes. Ellos a mí me han enseñado a curar las picaduras de los zancudos con hojas de plátano y a distinguir entre los frutos comestibles y los venenosos.

A veces me hacen preguntas: que si vengo con los del uniforme; que si soy de los buenos o de los malos (ya quisiera yo saber eso); que si también voy a irme, como se han ido casi todos sus profesores.

Yo sé que me estoy encariñando y no quiero porque cada vez que me encariño llegan las amenazas en forma de rumores y nos toca empacar maletas y salir corriendo. Buscar otra selva. Ya me ha pasado dos veces. No quiero que me crezcan raíces en las plantas de los pies porque sé que es doloroso cortarlas.

Pienso en la casa. Pienso en ti, en tu amistad: el lugar seguro.

SEBASTIÁN ENTRÓ A su cuarto en la madrugada y le avisó que alguien la estaba buscando en la portería. Emilia se puso una sudadera encima del pijama y unas pantuflas. Bajó por el ascensor a la portería. Al otro lado de la puerta de vidrio: Miguel, una maleta y un *sleeping bag*. Emilia cruzó la puerta y salió corriendo a abrazarlo. Él estaba tiritando. Tenía los ojos rojos y los labios agrietados por el frío.

—Emi, qué pena caerte a esta hora. Yo intenté llamarte mil veces. Te lo juro. Qué pena con tu mamá, con toda tu familia, pero no tenía a dónde más ir. No tenía a dónde más ir, y Joaquín y mi tío...

—Tranqui, Migue —lo interrumpió Emilia—; ahorita me cuentas.

Ella se imaginaba lo que había pasado.

Subieron al apartamento y entraron a la cocina. Intentando hacer el menor ruido posible, Emilia preparó un té de manzanilla. Después fueron a la habitación. Cada uno se enrolló en una cobija y se sentaron en la cama. Miguel comenzó a hablar en voz muy baja.

Estaba cumpliendo dos meses de relación con Joaquín y él le había llegado a su casa de sorpresa esa tarde, con *pizza* y cervezas. Entraron y se pusieron a ver una película. Miguel creía que no había problema, pues su tía estaba fuera de la ciudad y su tío llegaba muy tarde del trabajo. Se quedaron dormidos a la mitad de la película. Su tío llegó

más temprano que de costumbre y los cogió en el sofá, durmiendo abrazados. Habría sido preferible que hubiera cogido a Miguel fumando marihuana o descuartizando el cuerpo vivo de un sapo. Los despertó a gritos. Joaquín salió corriendo.

A Miguel le tocó quedarse hasta la media noche aguantando la mirada de asco de su tío, escuchando sus regaños: que ésos no eran los valores que le habían inculcado en la familia. Que qué iba a pensar su tía. Que qué iban a pensar sus padres, que lo habían dado todo, que se estaban esforzando por pagarle la mejor educación en la capital. Que cómo se atrevía a faltarle el respeto a su casa. Que cómo se atrevía a profanarla de esa manera. Cuando su tío se fue a dormir, Miguel empacó sus maletas. Había durado horas caminando por la ciudad.

A la mañana siguiente, Emilia les explicó la situación a sus padres. Ellos aceptaron que Miguel se quedara mientras resolvía qué hacer. Apenas se graduaron, Miguel consiguió trabajo en un restaurante y sacaron un apartamento juntos cerca de la oficina de la revista.

“SE TERMINÓ LA leche”.

“Nos van a cortar el agua”.

“Me imagino que ahora vamos a pagar la renta entre los tres”.

PIERDEN DE VISTA el mar. Suben por la sierra detrás de un camión que transporta en jaulas pollos vivos. Emilia se pregunta si los pollos sabrán que el destino al que están siendo llevados es la muerte. Se pregunta si Miguel sabía eso cuando subía por esta misma carretera. Por lo menos tenía que saber que era una posibilidad. La muerte es siempre una posibilidad, pero a los veinticinco años normalmente no es visible. La decisión de irse al monte lo había acercado. Porque, a diferencia de los pollos, y de lo que Emilia quería creer, fue una decisión. Nadie lo había obligado a irse. Simón no lo había obligado a irse.

La temperatura baja. El viento frío traspasa la piel de Emilia y se posa en los huesos de los dedos. Después de una curva, Edwin acelera y pasa el camión. A los lados, todo es verde sobre verde. Emilia se pregunta cómo habrán viajado ellos. No ha visto ninguna flota por la carretera: tal vez alquilaron una buseta. Miguel se mareaba hasta yendo en bus a la universidad. Un fin de semana, que cogieron a escondidas la camioneta de los padres de Emilia y se fueron a buscar una montaña y un lago cerca de la ciudad para acampar, les había tocado detenerse en la carretera cada media hora para que Miguel tomara aire. Se hicieron un recorrido de dos horas en cuatro, pero a Emilia no le importó: no dejaron de hablar en el camino. *Tu voz nunca fue un eco.*

Se meten a la izquierda por una calle destapada. Saltan con las piedras y los baches. Edwin se orilla y apaga la moto.

—¿Llegamos?

—Todavía no. Falta un rato —contesta él.

Se baja, abre el baúl y saca una venda gris.

—¿Qué pasó?

—Quítese el casco, por favor —le dice Edwin, mientras desenrolla la venda.

—No. ¿Para qué?

—¿No le avisó eso tampoco Varela?

—No me avisaron nada.

—Es por seguridad, doña. Colabore.

—¿Seguridad de quién?

Edwin se agarra la cabeza con desespero.

—Mire, Edwin, yo no voy a decir nada... Así quisiera, no sabría. Ni siquiera tengo idea de dónde carajos estamos en este momento ni de cómo llegamos acá.

Él saca el celular y camina hacia el otro costado de la calle. Emilia lo ve desde lejos manoteando. Oye los gritos, pero no alcanza a oír exactamente lo que dice. Ya no tiene frío en los dedos. Tampoco tiene calor; sin embargo, su espalda está empapada: una temperatura nueva.

Edwin cuelga la llamada, cruza la calle y guarda la venda en el baúl.

—Yo veré, doña. Callada —dice antes de subirse a la moto y arrancar.

Detrás del vidrio del casco, detrás de la niebla, Emilia ve las plantaciones. *Ellos a mí me han enseñado a curar las*

picaduras de los zancudos con hojas de plátano. Las plantas son muy pequeñas y no alcanza a ver ningún racimo, así que deben ser de otra cosa. Tal vez de frijoles o de café. En cualquier caso, no sabría distinguirlas. Se le viene a la mente Hernán; se lo imagina, con sus botas de caucho y su paso tranquilo, recorriendo esos surcos.

—MINISTRA, UNA ÚLTIMA pregunta: ¿está al tanto de los veintiún jóvenes desaparecidos por esas mismas fechas?

—Algo vi.

—¿Y cómo cree que desaparecieron?

—No estarían recogiendo café.

FRAY PERICO ERA el único en el convento que sabía que los tres ladrones eran ladrones y no frailes, pues una vez habían intentado robarle dinero a las afueras de Salamanca. A él no le importaba. Guardaba su secreto porque creía que tenían un buen corazón.

PASAN POR UN letrero que dice en letras blancas: “Bienvenido a Morales: territorio de paz”. El camino se vuelve cada vez más estrecho y barroso. Edwin va bajando la velocidad. Estaciona en la orilla del brazo de un río.

—Yo acá la dejo, doña.

—No. ¿Cómo así?

Él se baja de la moto y le desabrocha el casco a Emilia. Después se acerca a un anciano que está sentado en la punta de una chalupa y le dice algo al oído. El anciano le recibe la mochila a Emilia y la ayuda a montarse en la punta de atrás. Ella le agradece. Él no le contesta.

—Mucho ojo por ahí —se despide Edwin, y se aleja en la moto por la trocha.

El anciano desamarra la chalupa del tronco y empiezan a andar. Inclinan la cabeza hacia abajo para no golpearse con las ramas de los árboles.

Se extiende el río, pero no tanto como el mar. Emilia piensa en lo grande que parecía el mundo esa mañana, mientras veía, desde la playa, el horizonte. En este momento sólo alcanza a ver una punta a lo lejos. Hacia allá los dirige la corriente. El anciano apenas toca el agua con el remo. Hay una violencia distinta a la de las olas en la corriente constante de este río; una violencia lenta, casi invisible, que los va arrastrando con sigilo.

Las nubes grises atraviesan la serranía. Emilia siente el cansancio en los párpados, en la nuca y en los hombros. Lleva ya más de veinticuatro horas sin dormir. Mete las manos en el río y se echa agua en los ojos. Está menos fría de lo que creía que iba a estar.

El anciano se pone de pie y, con remadas largas y profundas, va cambiando despacio el rumbo de la chalupa. Se alejan, de nuevo, del caudal principal.

Ahora que están mucho más cerca de los árboles, Emilia mira hacia los lados en busca de monos araña. Tal vez puede agradecerle al que le jaló los crespos a Simón. Los ha buscado muchas veces en internet. Tienen el cuerpo alargado, el pelaje oscuro y, aunque carecen de dedo pulgar, sus manos son muy similares a las manos humanas. Pueden andar en grupos de hasta treinta individuos, en los que permanecen durante un tiempo prolongado para encontrar pareja, protegerse entre ellos y establecer vínculos fuertes. (*¡Busca el calor!*). Las hojas se menean con fuerza y no hay viento, así que es posible que sí estén por ahí, saltando de rama en rama; sin embargo, Emilia no los ve.

La vegetación se empieza a volver rala hasta casi desaparecer, pero el río no se termina. Navegan entre troncos caídos, casas, tiendas y postes de luz. De la capilla sólo se alcanza a ver el campanario. Pasan por un portón amarillo, enfrente de una caseta sumergida, casi hasta el techo, en el agua marrón.

—¿Ésa era la escuela? —le pregunta Emilia al anciano. Él asiente.

Diciembre 4

Llamo a la lista de asistencia, Emi. Llamo a lista de asistencia todas las mañanas y cada vez hay menos niños. Temo llegar un día y tener que enseñarle las modalidades del gerundio a un salón desocupado.

Me da miedo llegar y que el colegio ya no sea un colegio, sino un cementerio, y que en vez de pupitres haya tumbas muy pequeñas en donde quepan sus pequeños cuerpos, que están muertos desde que nacieron en esta selva enclavada.

Paso por el caserío de camino al campamento. Golpeo sus puertas. Me invitan siempre a comer. “La situación está cada día más difícil, profe —me dice la madre o los padres. Miran al piso, avergonzados—. Por favor, entienda”. Y yo entiendo: es más fácil alimentar tres bocas con seis manos. Y ayer cerraron el puesto de salud, y nada que terminan el acueducto, y la temporada de lluvias está por empezar, y el río no va a tardar en amenazarlos de nuevo con llevarse sus casas. No puedo poner la voz grave que pone Simón en sus discursos y decirles que la educación es el arma más poderosa para el cambio, que es su pasaporte para el futuro. No puedo porque sé que es mentira. Sé que el destino de sus hijos no va a cambiar cuando ellos aprendan a distinguir entre el predicado y el sujeto de una oración.

En mi país no habría en los salones pupitres vacíos.

En mi país nadie nacería muerto.

¿Para qué todo esto, Emi?

Qué difícil es sembrar sobre tierra quemada.

EL ANCIANO DETIENE la chalupa en lo que parece ya el fin del caserío. La amarra a una palmera, en donde el siguiente guía los está esperando.

Más que guías, son repartidores: Edwin, el anciano y el muchacho de pantalones camuflados, cabeza rapada y botas de caucho que mira a Emilia ahora con lo que ella no puede distinguir si es curiosidad o rabia o las dos. La están llevando como si fuera un paquete. Así, en un relevo y por la misma trayectoria, ella supone que viajaban los sobres de manila que le enviaba Miguel. La diferencia es que este paquete va con semanas de retraso. La diferencia es que cuando llegue a su destino su destinatario no va a estar.

¿Por qué no viajó antes?

Se echa a los hombros su mochila y se remanga los *jeans*.

Agosto 30

Te imagino dibujando corazones o haciendo preguntas en el margen con tu lapicero rojo, como cuando te pasaba cualquier cosa que escribía.

Sé que te da rabia no poder responderme. Nuestra conversación nunca fue unilateral. A mí me encantaría saber de ti, pero no puedo ponerte ni ponernos en riesgo. Duré meses convenciendo a Simón de que me dejara escribirte.

Te quiero, Emi, y espero que ya me hayas perdonado.

- *Por haberte ido.*
- *Por no contarme que te ibas.*
- *Por no haberme llevado contigo.*
- *Por haber cambiado el ritmo de la pista por la marcha.*
- *Por haberme dejado sola con la casa.*
- *Por haberme dejado sola con el proyecto.*
- *Por haberme dejado sola.*

EL MUCHACHO VA adelante abriendo camino entre el matorral con un machete.

—¡Hágale, doña. Rápido! —le grita a Emilia.

Ella intenta acelerar el paso, pero los pies no le dan más: le pesan. Nunca había caminado en contra de una corriente. El agua le llega hasta las pantorrillas; se le mete entre los tenis, entre las medias y los dedos. Siente la piel pegajosa y los ojos secos.

Le dan ganas de soltarse; de que la corriente la arrastre hacia el horizonte, al que no le alcanza a ver ni la punta desde esta selva y su clausura. Sólo si el río la lleva hasta el fin del mundo y de la vida, va a volver a coincidir con Miguel. Lo más difícil ha sido aceptar que nunca más va a estar en el mismo lugar que él: tener que renunciar a la espera del reencuentro. Esa espera se había vuelto, en los últimos dos años, lo que la impulsaba a moverse. Ahora lo que la mueve es una esperanza (sí: aunque menos que la madre de Miguel, también tiene esperanza), la de no reconocer el cuerpo. Y la esperanza es siempre, en alguna medida, irracional. La falta de fundamento es lo que la diferencia de la *espera*. Esperar es tener la certeza de que, aunque lo pretendido tarde, va a llegar en algún momento. Para esperar se necesita paciencia; para tener esperanza, fe.

El muchacho se da cuenta de que el cuerpo de Emilia está inclinándose hacia atrás y le ofrece cargarle la mochila.

—No, gracias: está liviana.

—Venga, no sea terca —le dice él mientras se devuelve espacio y le recibe la mochila.

Ella nota lo diferente que es andar sin ninguna carga.

Se alcanza a ver un pedazo de cielo. Aunque está oscuro, todavía no ha anochecido. Éste ha sido el día más largo de la vida de Emilia. Tal vez ha transcurrido más de un día y ella no se ha dado cuenta. *La selva tiene su propio tiempo.*

El agua va bajando de nivel. Se vuelve espesa y, aunque Emilia ya no tiene que luchar en contra de la corriente, le queda más difícil caminar, pues los pies se le hunden en el barro. Teme que, en cualquier momento, el barrizal se abra y se la trague entera.

Pisan, por fin, tierra firme. Se agachan para pasar por debajo de un alambre de púas. Cuando llegan a un terreno más llano, el muchacho se cuelga el machete en el cinturón. Se detiene enfrente de un montículo pequeño de guijarros pintados de rojo. Le indica con un gesto a Emilia que se devuelva. Desandan un tramo. Se adentran, de nuevo, en la vegetación frondosa. Suben por una trocha ligeramente definida por otros pasos.

Emilia se pregunta si Simón estará esperándolos en el campamento. Se pregunta por qué no es él, sino un desconocido, quien en este momento está indicándole el camino. Entiende lo peligroso que habría sido que Simón fuera a buscarla hasta el hotel, pero, por lo menos, habría podido recogerla en el caserío. Aunque, por obvias razones, el

reencuentro con Simón no lo haya esperado tanto como el reencuentro con Miguel, sí se lo ha imaginado muchas veces. Sus fantasías vienen siempre acompañadas de dos listas: una de respuestas audaces a cada una de las discusiones que han tenido en el pasado y otra de reclamos. Sólo un reclamo sigue teniendo sentido: “¿Por qué putas lo arrastraste hasta esta selva?”. Sin embargo, ella sigue aferrándose a cada uno de sus reclamos. No sólo hacia Simón, sino también hacia Miguel; sobre todo hacia Miguel, lo que es aún más absurdo: ¿quién le reclama a un muerto? Lo primero que cancela la muerte son los reclamos: los muertos no le deben nada a nadie, los muertos no tienen la capacidad de responder. ¿Pero entonces quién va a responderle? Mantener vivos sus reclamos, sus resentimientos, es su forma de mantenerlo vivo a él; su forma de rebelarse contra el paso natural del tiempo; del tiempo que sigue, que perdona, que olvida. Un reclamo es, también, la voz o el grito desesperado con el que se llama a alguien. Finalmente, oscurece del todo.

Nunca ha estado entre tanta oscuridad. Cerrar o abrir los ojos le da lo mismo. Se voltea hacia un costado, extiende los brazos y, con las palmas de las manos bien abiertas, se apoya sobre un árbol. Deja que sus manos sean la guía de sus pasos, las arrastra sobre la textura áspera del tronco. Un cosquilleo: algo descendiendo de sus hombros a sus muñecas. Podría ser un insecto, una gota de sudor o un alma convertida en duende. No, no va a dejar que el terror la paralice. Ya deben estar por llegar. Sólo tiene que

respirar, contar hasta diez, seguir el sonido de las botas sobre las hojas mojadas. Respirar, contar hasta diez, seguir el sonido de las botas sobre las hojas mojadas. Respirar... Un animal pasa volando a toda velocidad a su lado y le toca la oreja. Su grito es silenciado por una mano tibia sobre su boca. Sabe a tierra.

Octubre 2

Mientras duermes, yo estoy de guardia, Emilia. No debería tener prendida la linterna (puede llamar la atención de los aviones), pero quería escribirte.

En la madrugada, la selva cruje. Los sonidos vienen de todas partes: de arriba, de abajo, de los lados. Me cuesta distinguir entre el aleteo de un murciélago y el balanceo de las copas de los árboles. Cuando oigo pasos cercanos cierro los ojos, aprieto una mano contra la otra y rezo (acá volví a rezar). Le rezo a ese Dios católico que he negado tantas veces (porque no conozco otro). Le pido que sean los pasos de un ocelote o de un puma, y no pasos humanos. Después rezo para que nadie acá se dé cuenta de que estoy rezando.

La religión es el suspiro de la criatura oprimida, dice Simón que dice Marx. Me gustaría estar en este momento contigo rogándole al DJ de algún bar que ponga reguetón.

PENDE SU CUERPO muy cerca de la tierra. Huele a carbón: ¿qué están quemando? Todavía medio dormida, se rasca los brazos; quiere arrancarse la piel.

Detrás del mosquitero, un rostro conocido coge forma.

—No se rasque, mona, que después se le infecta.

Hace tiempos que nadie le decía así.

—¿Jen?

—Los puse a secar esta mañana —le dice Jennifer y le alcanza los tenis.

—¿Qué hora es o qué?

—Van a ser las doce ya. ¿Quién iba a pensar que la princesa iba dormir tan bien en este hotel cinco estrellas?

—Estaba cansada —dice Emilia.

Se sienta en la hamaca y se amarra los tenis. Se para en el suelo enlodado. Se resbala, pero no cae al piso: Jennifer alcanza a agarrarla. Va vestida de civil: unos *jeans* y una camiseta de manga sisa. Siempre ha tenido los bíceps marcados. El pelo le llega casi hasta la cintura. Nunca se lo había visto así de largo ni de su color natural: negro. De resto, está casi igual a la última vez que la vio. Dos semanas antes de que se vinieran al monte, pasó por la oficina de la revista a recoger unos folletos. Estaba actuando un poco extraña; sin embargo, tampoco se despidió ni le avisó nada.

No ha nombrado a Miguel ni una sola vez. Tampoco la ha mirado a los ojos ni una sola vez.

—Espéreme aquí —le dice y se aleja por la montaña.

Emilia se sienta en una banca enfrente del cambuche. Los soldados que pasan a su lado la miran con el mismo recelo con el que la miraba el muchacho que la recogió ayer en el caserío. Llevan pantalones camuflados y los torsos desnudos. Los fusiles son más largos que la espalda de la mayoría... *Le dije que éste era un colegio y no su hije-puta batallón de reclutamiento.*

Jennifer vuelve con unas hojas de plátano, las aplasta con una piedra contra la banca y se las alcanza a Emilia.

—Fróteselas en las picaduras. —Se acerca, le levanta las mangas de la camiseta y le mira los hombros—. También ahí arriba. ¿Qué le pasó?

—Nada. Me quemé —contesta Emilia.

El contacto con las hojas hace que la picazón se le calme, pero las quemaduras le arden más. Suelta un gemido.

—Para que pueda sanar, tiene que doler primero. Tenga paciencia —le dice Jennifer, y se sienta a su lado.

Otro lugar común: el tiempo cura todas las heridas. La vida sigue. Sin importar lo que pase, la vida tiene que seguir.

—¿Por qué me odian? —pregunta Emilia señalando a los soldados con la cabeza.

—No la odian, mona. Lo que pasa es que ésta es la primera vez que hacemos algo así.

—¿Hacer qué?

—Traer alguien de afuera solamente por una baja.

—¿Solamente?

Emilia se detiene y busca la mirada de Jennifer.

—Perdón. No me refiero a eso. Lo que pasa es que el comandante Heinrich tuvo que mover un montón de conexiones para que aceptaran su visita.

—El comandante Heinrich —repite Emilia, y voltea los ojos.

—Es la costumbre.

—¿Y cuál es tu alias?

—No: los alias son para los altos mandos.

—Y a todas éstas: ¿dónde está el comandante?

—En una operación. Llega esta tarde.

Emilia agarra, de nuevo, las hojas de plátano y se las comienza a frotar con más fuerza sobre el otro brazo.

Después de quedarse un rato largo en silencio, Jennifer le pone una mano en la pierna.

—Lo siento mucho, mi mona. De verdad. Yo sé cuánto se querían.

El cielo está cubierto por un manto de nubes grises. El aire está inmóvil, caliente y pesado. Suben caminando hasta la ranchería. De allá viene el humo y el olor a carbón. Aunque queda sólo a unos pasos, Emilia llega agotada. Le escurren gotas de sudor por el cuello, por la espalda y por la frente.

Cuando se sientan en la mesa, todos hacen silencio. Emilia reconoce un par de caras. No se acuerda de sus nombres. En las primeras reuniones de la organización, creía que eran la misma persona y ahora, con sus cabezas

rapadas, se parecen aún más. Mientras separa los trozos de carne del arroz y de las lentejas, piensa en las del matrimonio. Seguramente ya están haciendo el brindis del ensayo. Preferiría estar con ellas, que no conocen su pérdida. Ellas estarían llenando este silencio insoportable.

—Si no come algo, se me va a desmayar —le insiste Jennifer.

Emilia se mete, con desgana, una cucharada de arroz. Se toma un sorbo largo de aguapanela.

Cuando terminan de almorzar, bajan juntos al caño.

Emilia sumerge el plato en el agua fría y rasca con las uñas los restos de comida. Siente que alguien le toca la espalda. Se voltea. Cuando ve a Simón, se le cae el plato y se rompe en pedazos.

Él se arrodilla enfrente de ella y le abraza las piernas.

—Perdóname, Emi: no sabía. Te lo juro que yo no sabía —repite.

Los ojos de todos los soldados ahora están fijos en él: nunca habían visto a un comandante arrodillado.

—¿Dónde está? ¿Puedo verlo?

SU HERMANO LE dijo desde un principio que el viaje, además de ser peligroso, no tenía ningún sentido. Emilia en el fondo sabía que tenía razón; sin embargo, se convenció de que tenía que hacerlo. Se imaginaba, como en las series gringas, abriendo una bolsa negra de plástico y reconociendo en un rostro pálido e hinchado, pero completo, a su amigo. Jennifer agarra de la mano a Emilia, mientras Simón intenta reconstruir los hechos.

¿NO HAY CUERPO? No era una pesadilla: era presagio. ¿No hay cuerpo? No hay cuerpo. Hay pedazos. Hay miembros. Hay órganos. ¿No hay cuerpo? ¿Por qué no se lo advirtieron? No hay cuerpo: este viaje ha sido en vano. ¿O no? ¿De cuántas partes estamos hablando? ¿Qué miembros alcanzaron a recoger? ¿Qué órganos no se han comido todavía los gusanos? Por primera vez podrían repartirse, entre ella y Simón, a Miguel en partes iguales. ¿No es eso lo que siempre han querido? Emilia se quedaría con los pies y con las orejas; él, con la cabeza y con las manos. El problema sigue siendo el mismo: ¿quién se va a quedar con el corazón? No, el problema es otro. El problema es que ya dejó de latir. Lo que querían de Miguel no era su corazón: eran sus latidos.

O LO MATÓ una bomba o lo mató una mina: ésas son las dos posibilidades, y Emilia sabe que el ejército dejó de plantar minas hace más de diez años. No hace la pregunta porque la respuesta podría hacerla sentir sola, terriblemente sola. Siempre han discrepado en los medios y en las formas, pero la lucha ha sido la misma, el enemigo ha sido el mismo. ¿Y qué peor enemigo que aquel que mata a tu amigo más cercano?

No hace la pregunta porque no quiere quedarse sin lucha.

No hace la pregunta porque decide que la respuesta ya no importa.

No hace la pregunta porque le queda todavía una noche y no quiere pasarla en medio de enemigos.

AL DÍA SIGUIENTE del lanzamiento de campaña, cuando se despertó, Miguel ya no estaba. La sangre había pegado las sábanas a sus rodillas. Se echó alcohol en las heridas y se entró a bañar. Mientras estaba en la ducha, oyó el timbre. Se vistió rápido y abrió la puerta. Simón entró a la cocina y dejó una bolsa en el mesón.

—¿Quiubo, mona?

—Miguel no está.

—No lo estoy buscando a él.

Simón sacó de la bolsa dos cafés y dos sándwiches. Emilia sólo recibió el café. No tenía nada de hambre.

—¿Cómo te terminó de ir anoche?

—¿Qué quieres, Simón?

—No me di cuenta en qué momento te fuiste —le contestó él y se sentó en un sofá de la sala.

Emilia se quedó en la cocina. Se puso a lavar unos platos que ya estaban limpios.

—¿Ya te contó él o qué?

—Tú sabes cómo son los tragos, cómo son los hombres.

—No, no sé. Cuéntame tú.

—Lo importante es que no pasó nada —le dijo él mientras le daba un mordisco al sándwich.

—¿Es en serio?

Emilia cerró la llave del lavaplatos.

—Emi, por favor. Si dices algo, nos jodes.

—Vete a la mierda, Simón.

—Según las encuestas, vamos a perder la presidencia. Él es nuestra única oportunidad de cambiar las cosas desde adentro —le dijo Simón antes de irse.

Emilia metió las sábanas a la lavadora.

TODA LA RABIA acumulada, todos los reclamos, todas las heridas, todas las peleas —imaginarias y reales— para que ahora lo único que le provoque este hombre, que tiene que mantener la espalda erguida mientras despide a su amado como si estuviera despidiendo a cualquier subalterno, sea compasión. Se le marcan los huesos de la clavícula de lo flaco que está y su tez perdió brillo y sus crespos ya no son de querubín, sino de oveja. Es la primera vez que Emilia lo ve titubear en un discurso. Y, aunque sus palabras sean similares a las de siempre, no hay rastro de su antiguo brío en su tono de voz.

Simón dice: “Camarada, no hay en tu muerte una flor”.

“Pero están las metralletas: tallos de sangre y dolor”, contestan los soldados desde sus puestos.

Simón dice: “Preparen”.

Simón dice: “Ar”.

Simón dice: “Fuego”.

Disparan al aire.

Después de hacer un minuto de silencio, rompen la formación.

Cargan un féretro, que improvisaron hace unos días con guadua y hojas de palma, hasta una vereda cerca del río. Lo queman junto con su cuaderno y un fusil. ¿Su fusil? Emilia no puede imaginarse a Miguel disparándole a alguien.

Hacen un círculo alrededor de la hoguera. Van rotando, de boca en boca, una botella de aguardiente. En la segunda botella, los soldados van perdiendo el recelo hacia Emilia. La empiezan a acoger en esta selva, que es su casa.

Dos guitarras acompañan la canción que, según ellos, era la favorita de Miguel: “Soy soldado guerrillero que le canta a la San Lucas, porque en su seno imponente guarda secretos de lucha”.

No reconoce a su amigo en ninguna de las historias: Miguel cavando trincheras, Miguel robando cerdos y gallinas, Miguel amarrándole los pies con la corteza de los árboles a un prisionero de guerra. Es posible que Simón no haya sólo aceptado la visita de Emilia por culpa, sino también para completar la otra parte del relato.

EMILIA SABÍA QUE en el primer piso de la casa ovalada podía estar esperándola el gringo, pero prefería aliento a crema de maní y a tabaco que seguir escuchando la historia sobre el despertar espiritual de Simón. Así que decidió bajar.

El DJ ponía canciones tristes, de esas que sólo bailan en las comedias románticas ochenteras. La mitad de la gente ya se había ido y la otra mitad estaba en el piso con la espalda recostada sobre las paredes de madera. Como lo suponía, ahí estaba el gringo: más borracho y más intenso que antes. Cuando la vio, se paró, se le acercó y la agarró con fuerza de la cintura. Mientras Emilia buscaba la forma de zafarse, apareció Miguel.

—¡Emi, nuestra canción! —gritó mientras la jalaba hacia él y le daba una vuelta.

Estaba sonando *Forever Young*, de Alphaville.

—¿Desde cuándo ésa es nuestra canción?

—Desde hoy.

—¿Y dónde estabas?

—Buscándote, Emi. Me la he pasado buscándote.

—¿Y Joaquín?

—No sé. No importa.

Emilia se quitó los tacones. Miguel agarró una botella de aguardiente de la mesa Rimax, desterró al DJ de su puesto y puso reguetón. Bailaron descalzos en la pista, que era sólo de ellos. No querían irse. Estiraron la noche

con sus pasos, con su ritmo, con su juventud. La estiraron hasta que no cedió más. La estiraron hasta romperla.

NO HAY RENACIMIENTO sin sepelio. Emilia está cambiando de piel: le salieron escamas. ¿Qué pasa si ella quiere mantener la herida abierta? Que el tiempo no pase, que no cure nada. Vivir así: descarapelándose. Se baja de la hamaca, sale del cambuche y, cuidando sus pasos para no despertar al centinela, se aleja del campamento.

La luz del crepúsculo se cuela entre las copas de los árboles y le ilumina el camino hasta la vereda en donde anoche prendieron la hoguera. Sobre la tierra sólo quedan cenizas, cenizas que pronto alimentarán a los gusanos y a los caracoles y a las babosas, cenizas que pronto fertilizarán las plantas. Tal vez sí hay en su muerte una flor.

Baja por la trocha hasta el brazo del río. Se sienta en la hierba mojada. La silueta de la montaña se aclara; las figuras se perfilan y cogen su propio color.

Cuando el sol se asoma y empiezan a llegar los pescadores sale, por fin, el llanto. Hay un momento de morir, y una muerte antes de tiempo, de acuerdo con Plutarco, constituye un naufragio: el hundimiento de una embarcación que se encontraba navegando.

—¿Emilia?

Ella se limpia las lágrimas con las palmas de las manos.

—¡Te estábamos buscando por todos lados! —le dice Simón y se acerca a abrazarla.

En ese abrazo, por primera vez, comparte el duelo. La compasión tenía que llegar antes.

Vuelven al campamento. Emilia entra al cambuche y agarra su mochila. Se queda viendo las botas de caucho recostadas en los palos. ¿Y si se las pone? ¿Y si ocupa su lugar tanto en el batallón como en la escuela? Al fin y al cabo, nada ni nadie la espera en la ciudad. Se imagina bañándose todas las mañanas con agua de río. Se imagina enseñándoles a los alumnos todo lo que cree que Miguel les habría enseñado. Se imagina mostrándoles fotos de sus lugares favoritos de la ciudad y contándoles las historias que él un día le contó a ella. Estos pensamientos llenan su corazón de alegría, pero después ve los fusiles colgados junto con los uniformes. ¿Cuánto pesará un fusil?

Jennifer la acompaña hasta la entrada del caserío. Antes de despedirse, le entrega unas hojas de plátano.

—Mire, mona, aplíqueselas tres veces al día por una semana y se lo juro que santo remedio.

Emilia decide, mientras va navegando en la chalupa, que al llegar a la ciudad va a terminar de transcribir la entrevista de Hernán para enviarla a los medios internacionales. También va a leer el libro que le dejó Miguel para construir un jardín interior. Va a crecer en su casa una selva propia para que él viva en ella y no en sus heridas.

Se da cuenta, cuando las va a guardar en la mochila, de que las hojas de plátano envuelven una hoja de cuaderno.

Es probable que cuando leas esta carta ya habré emprendido el camino de regreso. Tomo esta decisión con igual convicción con la que tomé la decisión de venirme. Ahora, de lo que estoy convencido es de que quiero vivir.

No va a ser fácil; escapar es una de las faltas más graves en la organización. En las tardes, después de dar clases, he estado explorando posibles caminos. El problema es que parece que en las próximas semanas va a empezar a llover.

Por ahora, no le he dicho nada a Simón. No porque crea que me lo vaya a impedir o que me vaya a echar al agua, sino porque me da miedo meterlo en problemas. He fantaseado que se viene conmigo, que construimos una casa propia. Ya sé, ya sé: Simón nunca renunciaría. Para él es la victoria o la muerte, camarada. Además, carga el batallón en su espalda. Carga con el país entero. En eso se parecen ustedes dos. La verdad, se parecen en muchas cosas. Supongo que por eso me enamoré de él.

Sé que si estuvieras en mi lugar harías una lista de pros y contras. A mí no se me dan esos cálculos. Si le llevo a contar a Simón es porque mis tripas me lo piden.

Me gustaría también echarme en la mochila a mis alumnos, llevarlos a recorrer la ciudad, mostrarles los lugares de los que les he hablado. No quiero abandonarlos, pero, de cualquier manera, al batallón le queda poco tiempo acá.

Te estaría mintiendo si te digo que no me arrepiento de nada. He hecho cosas que no te he contado, cosas que se

anidan en mí, pero creo que tenía que venir hasta acá para darme cuenta de lo que no estoy dispuesto a conceder.

Me vine a la selva a defender una causa y terminé encontrando mi vocación.

Nos veremos pronto, Emi.

LO QUE SIMÓN no sabía era que Miguel estaba planeando escapar.

- ~~Por haberte ido.~~
- ~~Por no contarme que te ibas.~~
- ~~Por no haberme llevado contigo.~~
- ~~Por haber cambiado el ritmo de pista por la marcha.~~
- ~~Por haberme dejado sola con la casa.~~
- ~~Por haberme dejado sola con el proyecto.~~
- ~~Por haberme dejado sola.~~
- Por haberte muerto.
- Por no haberme llevado contigo.

EL MAR TRAZA una línea justo en la mitad del sol. El mundo se ve grande otra vez. Emilia llega antes de que empiece el consentimiento. Se queda parada detrás del camino de antorchas, mientras los novios prometen, frente al altar, pasar el resto de sus días juntos. “¿Sí eres feliz? ¿Cómo está tu corazón?”. Hacia allá van dirigidas las preguntas de su madre: hacia encontrar una pareja. Casarse nunca ha estado entre los planes de Emilia. Un esposo es también un testigo. Ahora se pregunta quién podría, en su sepulcro, contar su relato. Miguel era la persona que más la conocía y, desde que se fue, no se ha mostrado a nadie. Las lágrimas se asoman por sus ojos cansados. Todavía le quedan unas horas para llorarlo.



Rutilio Escandón Cadenas
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Maritsa Concepción Maranto Zepeda
DIRECTORA GENERAL DEL CONECULTA CHIAPAS

Manuel Gerardo Gutiérrez Ortiz
COORDINADOR OPERATIVO TÉCNICO

César Augusto Trujillo Sánchez
DIRECTOR DE PUBLICACIONES



CORRECCIÓN DE ESTILO

Mario Alberto Bautista

DISEÑO Y FORMACIÓN ELECTRÓNICA

Mónica Trujillo Ley



La edición de *Sobre tierra quemada* estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones del Coneculta Chiapas. Se terminó de imprimir en noviembre de 2022 en los talleres de la Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, en la ciudad de San Cristóbal de las Casas. Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 90 g y la portada sobre cartulina *couché* de 300 g. En su composición tipográfica se utilizó la familia Cantoria Mt. Se imprimieron 500 ejemplares.



Emilia, la protagonista de esta novela, emprende un viaje por Colombia para ajustar cuentas con el pasado. ¿Bajo qué circunstancias desapareció su amigo Miguel? ¿Quiénes fueron los responsables? ¿Cuál fue el papel de Simón? Flujo y reflujo, la narración va y viene del presente a los hechos lejanos y de nuevo al presente, como las olas en un mar de historias y personajes que se entrecruzan y superponen.

Un jurado compuesto por Lola Ancira, María Cervantes y Atenea Cruz otorgó por unanimidad el Premio Internacional de Novela Breve Rosario Castellanos 2021 a *Sobre tierra quemada* debido a que “se trata de una obra que presenta una trama bien estructurada y un buen uso de distintos recursos literarios, con un punto de vista fresco a propósito de un tema social relevante para la historia latinoamericana: la guerrilla y las consecuencias de la violencia ejercida por los gobiernos opresores. Resalta también la capacidad de su autora para mantener un equilibrado punto de vista entre lo social y lo personal, todo ello desde la perspectiva de género. Ostenta, además, la virtud de ser una lectura ágil, gracias a una voz narrativa honesta y conmovedora”.



ISBN: 978-607-8771-51-6



9 786078 177151



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



CONSEJO
ESTATAL PARA
LAS CULTURAS Y LAS ARTES
GOBIERNO DE CHIAPAS